LIBRO dot.com

EL BARON DE MÜNCHHAUSEN

RUDOLF E. RASPE



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Viaje a Rusia y a San Petersburgo

Emprendí mi viaje a Rusia a mediados del invierno, suponiendo con toda razón que la nieve helada volvería más transitables los caminos del norte de Alemania, Polonia, Curlandia y Livonia que, según las descripciones de los viajeros, son aun menos practicables que los que conducen al Templo de la Virtud, sin que esta temporaria mejoría de la pavimentación produzca gasto alguno a los gobiernos de dichos Estados.

Viajaba a caballo, sin duda el mejor y más cómodo medio de transporte, siempre y cuando caballo y jinete sean buenos. Así se evita uno el tener que detenerse en cada posta para que un conductor apague su sed.

Iba ligeramente vestido, lo cual me fue resultando más y más incómodo a medida que avanzaba hacia el Nordeste, y la temperatura descendía.

Imaginaos, entonces, cuál sería el sufrimiento de un pobre anciano que encontré en una llanura de Polonia azotada por el viento, echado al borde del camino, casi muerto de frío y sin tener con qué cubrir sus heladas vergüenzas.

Tanto me afligieron las penurias de aquel pobre viejo que, aunque mi corazón se helara en mi pecho, le puse encima mi capa. Apenas lo había hecho cuando, desde los cielos retumbó una voz que me bendecía por mi gesto de piedad:

-¡Que el diablo me lleve, hijo mío, si por esta obra no recibes tu recompensa!

Acto seguido, proseguí rápidamente mi marcha hasta que me sorprendió la oscuridad de la noche. Por ninguna parte se veía señal alguna de un pueblo donde poder refugiarme. El país entero estaba cubierto de nieve y yo no conocía los caminos.

Al fin, rendido por la fatiga, desmonté y sujeté las riendas de mi caballo a una especie de tocón que sobresalía de la nieve. Por precaución me coloqué las pistolas bajo el brazo y me eché a dormir en el suelo. Tan agotado estaba que, cuando desperté, el Sol ya brillaba bien alto. Entonces, y para mi sorpresa, descubrí que me encontraba acostado en medio de un pueblo, en el cementerio de la iglesia. De mi caballo no había huellas, pero de pronto lo oí relinchar por encima de mi cabeza. Alcé la vista y vi con asombro que el pobre animal colgaba atado de la cruz del campanario.

De inmediato comprendí lo que había sucedido. Por la noche, había llegado al pueblo totalmente cubierto de nieve. Con el paso de las horas, al calor del Sol, la nieve se había ido fundiendo lentamente, haciéndome descender hasta el suelo. En la oscuridad, había creído atar mi caballo a un tocón, cuando en realidad lo estaba sujetando a la cruz del campanario, única parte de la iglesia que sobresalía de la nieve. Sin perder tiempo, apunté una de mis pistolas y disparé contra las bridas, recuperando así mi montura.

Luego de ese incidente, todo transcurrió con tranquilidad hasta que llegué a Rusia, donde no es costumbre andar a caballo en invierno. Fiel a mi principio de adaptarme siempre a las costumbres del país que visito, adquirí un trineo tirado por un solo caballo y con él me dirigí a San Petersburgo.

No recuerdo con precisión si fue en Estonia o en Ingria, pero sí recuerdo que fue en lo más profundo de un espantoso bosque donde me encontré con un enorme lobo que se lanzó en mi persecución, acuciado por el hambre. Pronto me dio alcance y como resultaba evidente que no lograría escapar, decidí arrojarme al fondo del trineo y dejar que el caballo resolviera el asunto de nuestra salvación como mejor le pareciese. Entonces sucedió lo que yo, sin atreverme a esperarlo, había previsto.

El lobo, sin ocuparse en absoluto de una presa tan magra como mi persona, saltó por encima del trineo y se arrojó sobre el caballo, del cual devoró en un momento, todo el cuarto trasero. El pobre animal, aguijoneado por el dolor y el miedo, corría cada vez más rápido. Levantando la cabeza furtivamente, pude ver cómo el lobo iba ocupando poco a poco el lugar del caballo. Aproveché la situación y dejé caer la punta de mi látigo sobre el lomo del animal, que, presa del terror por el inesperado ataque, se lanzó a toda carrera haciendo que el cadáver del caballo cayera del arnés, atrapando en su lugar al lobo.

Y así, azuzando sin descanso con mi látigo al lobo, llegué a San Petersburgo, causando el lógico asombro de quienes me veían pasar.

No quiero que os aburráis con charlas sobre el arte, las ciencias y otras tantas cosas notables de la capital rusa, ni mucho menos con las intrigas y aventuras de la alta sociedad, donde las damas son tan hospitalarias. Prefiero referirme a temas más dignos, por ejemplo a los caballos y los perros, animales por los que he sentido siempre gran estima, y luego me referiré a los zorros, los lobos y los osos, animales que abundan en Rusia más que en ningún otro país. Y por último, describiré los pasatiempos, pruebas de destreza y fuerza, proezas y cacerías, que son las cosas que realmente definen a un verdadero caballero, y no así el dominio del griego o el latín, ni todos los refinamientos de los peluqueros franceses.

Como pasó un tiempo antes de que pudiera enrolarme en el ejército, estuve unos dos meses sin otra actividad ni preocupación que gastar mi dinero y mis días, de la manera más noble posible. El clima riguroso y la marcada propensión de los nativos han hecho que en Rusia la botella tenga un rol social desconocido en nuestra sobria Alemania. De modo que pude encontrar en Rusia a personas que merecen ser llamadas verdaderos virtuosos del arte de beber. Pero todos estos virtuosos no eran más que simples aprendices, comparados con un veterano general de barba canosa y tez cobriza que solía comer con nosotros. Había perdido la parte superior de su cráneo, combatiendo contra los turcos, de manera que cada vez que se presentaba un desconocido, se veía obligado a pedir disculpas por no quitarse el sombrero. Acompañaba cada comida con algunas botellas de aguardiente y solía terminarlas con una botella de arrak. A pesar

de esto, nunca me fue posible descubrir en su persona el menor indicio de embriaguez. A mí también me pareció esto tan inverosímil como les debe resultar a ustedes, y al fin pude descubrir su truco. Yo había observado muchas veces que el general solía levantarse de vez en cuando el sombrero, sin adivinar por qué lo hacía. En realidad, su movimiento no me había asombrado para nada, porque era muy natural que sintiera calor en la cabeza. Pero una vez observé que, al mismo tiempo que elevaba el sombrero, levantaba una placa de plata que le sellaba el cráneo perdido, cumpliendo las funciones de tapa de los sesos, y que entonces los vapores alcohólicos de las bebidas que había ingerido se le escapaban en ligeras nubes.

El misterio estaba descubierto. Compartí la novedad con dos amigos y me ofrecí a demostrarles su veracidad. Para hacerlo, me coloqué detrás del general con mi pipa y en el momento en que él se levantaba el sombrero, con un papel encendido di fuego a la nube alcohólica que surgía de su cabeza. Fuimos testigos entonces de un espectáculo verdaderamente admirable. La columna de vapor alcohólico que brotaba de la cabeza del general se convirtió en una columna de fuego, y los vapores retenidos entre su cabellera formaban una aureola azulada más bella que la que jamás brilló en la cabeza de ningún santo. El general no pudo menos que descubrir mi acción, pero lejos de enojarse nos permitió a mí y a mis amigos repetir el ejercicio tantas veces como quisimos, considerando que le daba un aspecto sumamente majestuoso.

Historias de caza

Paso por alto muchas alegres anécdotas de las que fuimos protagonistas o testigos, porque deseo contarles varias historias de caza aun mucho más maravillosas y entretenidas.

Como es fácil suponer, me encontraba más a gusto que nunca en compañía de gentes capaces de apreciar los placeres de la caza y de disfrutar como es debido de un coto abierto, sin restricciones. En todas mis aventuras me acompañó la buena fortuna, pero la que guió todos mis disparos quedará para siempre como uno de los más hermosos recuerdos de mi vida.

Una mañana, desde la ventana de mi dormitorio, vi que un gran lago cercano estaba cubierto de patos silvestres. Rápidamente tomé mi escopeta y me lancé escaleras abajo, con tanta precipitación que choqué de cara contra la puerta. El golpe me hizo ver estrellas, chispas y centellas, pero no por eso perdí un instante. Pronto estuve a tiro del lago, mas en el momento de disparar percibí con desesperación que el tropezón me había hecho perder el pedernal de la escopeta. ¿Qué podía hacer yo ante tal percance? No tenía tiempo que perder. Entonces, recordé lo que me había ocurrido al bajar corriendo

la escalera. Levanté la escopeta, la apunté en dirección a los patos, y me di un fuerte puñetazo en el ojo, provocando la cantidad de chispas suficiente para que el arma disparara y matase cinco parejas de patos, cuatro gansos y dos gallinetas. Esto demuestra que la presencia de ánimo es el fundamento de las grandes acciones. Así como el soldado y el marino reciben de ella inapreciables servicios, el cazador debe también agradecerle más de un buen lance.

Recuerdo que cierto día, vi nadar en un lago -a cuya orilla había llegado en uno de mis paseos- unas cuantas docenas de patos silvestres, pero desgraciadamente muy diseminados como para albergar la esperanza de cobrar más de uno por disparo. Por si eso fuera poco, me quedaba tan sólo una carga para la escopeta. Y yo necesitaba cazar unos cuantos de esos patos, pues esa noche había invitado a mi casa, a varios amigos.

Recordé entonces que aún tenía en mi bolsa un pequeño trozo de tocino. Destrencé la correa de mi perro para obtener una cuerda de longitud considerable y a su extremo até el trozo de grasa. Me oculté entonces entre los cañaverales de la orilla y lancé el señuelo. En muy poco tiempo, vi con placer cómo un pato se acercaba y se lo tragaba. Los demás patos se acercaron también detrás del primero. Como el tocino es muy grasoso, rápidamente atravesaba al pato y salía por su otro extremo, y el siguiente pato se lo tragaba, y así sucesivamente. Muy pronto el cebo había pasado por todos los patos, que quedaron ensartados como cuentas en un collar. Contento con el resultado y con mi astucia, me enrollé la cuerda con los patos alrededor del cuerpo y emprendí el camino de regreso al hogar.

Tenía un buen trecho hasta casa, y al poco rato comencé a arrepentirme de haber capturado tantos patos. Fue entonces cuando sucedió algo inesperado. Los patos aún estaban vivos, y al recuperar poco a poco sus facultades, comenzaron a aletear vigorosamente, elevándose en el aire y elevándome por lo tanto a mí con ellos. Lejos de dejarme amedrentar por la situación, decidí usarla en mi provecho y, sirviéndome de los faldones de mi casaca, dirigí el vuelo en dirección a mi casa. Cuando estuve sobre el techo de mi vivienda, el asunto era descender suavemente, para lo cual fui retorciendo el cuello a los animales uno tras otro y de forma gradual, bajando paulatinamente con tan buena puntería que acerté justo en la chimenea, para gran asombro de mi cocinero. Tuve la gran suerte de que el fuego estuviera apagado.

Una historia parecida a ésta me ocurrió con una bandada de perdices. Había salido a probar una escopeta nueva y ya había agotado todos mis perdigones cuando, a mis pies, descubrí una bandada de perdices. De inmediato me acometió el deseo de contar con la presencia de algunas de ellas en mi mesa, esa noche. Movido por tal deseo, se me ocurrió un método que, sin duda, cualquiera puede emplear con suma eficacia en situaciones parecidas. Una vez que vi el sitio donde la bandada se había posado, cargué el arma, introduciendo, en vez de perdigones, la baqueta, cuyo extremo -que yo había afilado como pude y apresuradamente- sobresalía del cañón. Así

pertrechado, apunté contra las perdices y disparé con tan buena fortuna que el hierro en vuelo ensartó siete de ellas. Sin duda debieron asombrarse de verse tan rápidamente en el asador.

En otra ocasión, me hallaba en uno de esos magníficos bosques de Rusia y me crucé con un hermoso ejemplar de zorro. Perforar esa soberbia piel hubiera sido una lástima. El amigo zorro se había escondido detrás de un árbol. Rápidamente, saqué el plomo de mi escopeta y coloqué en su lugar un clavo. Hice fuego con tan buena puntería que la cola del zorro quedó clavada en el tronco del árbol. Entonces, y con total tranquilidad, me aproximé con mi cuchillo de monte, con el cual le hice un corte en forma de cruz en la cara. luego le di de latigazos hasta que se salió de su propia piel tan perfectamente, que el solo verlo era una maravilla.

El azar y la casualidad, a menudo, reparan nuestros errores. Una vez tropecé en un espeso bosque con un jabato y una jabalina que corrían hacia mí. Les disparé con tan mala suerte que no di en el blanco. Sin embargo, el jabato, que iba delante, salió corriendo espantado, mientras que la jabalina se quedó inmóvil, como clavada en el suelo. Al acercarme para averiguar la razón de tan extraño comportamiento, descubrí que se trataba de una jabalina ciega que, con la boca, andaba agarrándose del rabo del jabato que fielmente le hacía de lazarillo. Mi disparo, al pasar entre los dos animales, había cortado el rabo, cuyo extremo aún sostenía la jabalina en sus fauces. De inmediato, agarré la otra punta del rabo y tirando de él, conduje al animal tranquilamente hasta mi casa.

Por muy fieras y peligrosas que sean las hembras, pueden ustedes estar seguros de que el jabalí macho es aun más feroz y terrible. Una vez me encontré en medio de un bosque con un jabalí, con tan mala suerte que no estaba preparado para defenderme y mucho menos para atacarlo. Apenas había tenido tiempo de escabullirme detrás de un grueso árbol, cuando el animal se arrojó con toda su furia para darme una dentellada. Al hacerlo, sus colmillos penetraron en el tronco con tanto vigor que le resultó absolutamente imposible extraerlos para volver a atacarme. En el acto, recogí una piedra del suelo y con ella golpeé los colmillos para clavarlos con más fuerza, de forma tal que el jabalí no pudiera soltarse. De modo que tuvo que resignarse a esperar pacientemente hasta que fui al pueblo y regresé con una carreta y cuerdas para llevarlo vivo, pero fuertemente amarrado, a mi casa.

Sin duda alguna habréis oído hablar de San Humberto, santo patrono de los cazadores, y también del ciervo que se le apareció en un bosque y que tenía la santa cruz entre los cuernos. Todos los años le he presentado mis ofrendas en su día, y muchas veces he visto al ciervo, pintado en iglesias o en las insignias de los caballeros de la orden que lo tiene por patrono, de forma tal que no osaré negar que hubo en otros tiempos ciervos así, y ni siquiera que pueda haberlos ahora. Sin entrar en esta discusión, permitidme que os cuente lo que yo he visto con mis propios ojos.

En cierta ocasión, cuando ya había agotado todas mis municiones,

se me cruzó el más espléndido ciervo del mundo. El bello animal se detuvo y me miró detenidamente, como si supiera que yo no podía dispararle.

En el acto eché en la escopeta una carga de pólvora y en vez del plomo coloqué un puñado de carozos de cereza que a toda prisa despojé de su piel y pulpa, y le disparé en la frente. El tiro lo aturdió, pero de inmediato se recuperó y huyó a toda velocidad. Un par de años habrían pasado, cuando, mientras estaba de cacería en el mismo bosque, se me apareció un magnífico ciervo que llevaba entre sus cuernos un cerezo de más de tres metros de altura. En el acto recordé mi anterior aventura, y considerando al ciervo como una propiedad por mí adquirida mucho tiempo atrás, lo derribé de un disparo, con lo cual tuve esa noche asado y cerezas de postre, porque el árbol estaba cargado de fruta y creedme que era la más delicada y exquisita que he probado en mi vida.

¿Quién puede afirmar entonces que no fue un piadoso cazador, un abad o un obispo aficionado a la caza quien plantó de un disparo la cruz en la frente del ciervo de San Humberto? En casos extremos, un buen cazador prefiere recurrir a los recursos más extraños, antes que perder una buena oportunidad. Yo- mismo he pasado muchas veces por situaciones similares.

Citaré como ejemplo el siguiente caso...

Me encontraba una vez en un bosque de Polonia, ya sin municiones; caía la tarde, y yo marchaba de regreso a mi casa, cuando se cruzó en mi camino un enorme oso con la evidente intención de devorarme. Por más que busqué y rebusqué en todos mis bolsillos, sólo pude hallar dos pedernales de ésos que uno siempre lleva encima en previsión de un apuro. Sin pensármelo demasiado, arrojé uno a las fauces abiertas del animal. Al parecer, el bocado no fue del agrado del oso, que dio media vuelta. Aproveché entonces la ocasión para arrojarle la segunda piedra al otro extremo de su aparato digestivo, con tan buena fortuna que no sólo penetró en el animal sino que en su interior chocó con la primera, provocando una cantidad tal de chispas que el oso saltó en mil pedazos por los aires.

Mi destino era, sin duda, ser atacado por las más terribles fieras justamente en los momentos en que estaba más indefenso, como si el instinto les indicara la debilidad de mi posición. Me sucedió una vez que, apenas había terminado de quitar el pedernal de mi escopeta, se lanzó contra mi persona un oso gigantesco. Sólo atiné a trepar a toda velocidad a un árbol, con tan mala fortuna que en la ascensión perdí mi cuchillo de monte, que había utilizado para aflojar el pedernal. El oso rondaba la base del árbol y, de un momento a otro, subiría en pos de mí. Hubiera podido detonar la escopeta sacando chispas de mis ojos, como ya había hecho en otra ocasión, pero la idea no me atraía demasiado, ya que los fuertes dolores que me había provocado persistían. Miraba con tristeza mi cuchillo, clavado en la nieve al pie del árbol, pero ninguna mirada triste podría mejorar la situación. De pronto, se me ocurrió una idea tan feliz como singular. Rebuscando en mi morral, donde suelo llevar una abundante variedad de cosas,

encontré un ovillo de hilo, un pequeño trozo de hierro curvo y una buena cantidad de pez. Rápidamente, até el trozo de hierro a uno de los extremos del cordel y luego lo embadurné de pez, que ablandé con el calor de mi pecho. Una vez que tuve todo preparado, arrojé con presteza el aparejo hacia abajo, logrando apoyar el hierro sobre el mango de mi cuchillo, que se adhirió a él por efecto de la mezcla que, al endurecerse por el frío, formaba una especie de fuerte pegamento. Izando el hilo con cuidado, pude así recuperar ingeniosamente mi cuchillo. Apenas había terminado de atornillar de nuevo mi pedernal, cuando el oso decidió que había llegado el momento de venir por mí. "Tenía que ser oso, pensé, para elegir tan bien el momento", y lo recibí con una cálida bienvenida de plomo, de forma que no le quedaron ya más ganas de andar trepando árboles.

Recuerdo otra vez que me vi de pronto cara a cara con un feroz lobo; tan cerca lo tenía que mi único recurso fue hundirle el puño en las fauces. Llevado por el instinto, hundí mi puño cada vez más, hasta el hombro. Ya en este punto, tuve que considerar cuál sería mi próximo paso. Si sacaba el brazo de sus fauces, el lobo se me echaría encima. En consecuencia, y sin pérdida de tiempo, sujeté firmemente sus entrañas y tiré hacia mí, dándolo vuelta como si fuera un guante, y lo dejé muerto sobre la nieve.

No me atreví, sin embargo, a utilizar este método con un perro rabioso que se cruzó en una calle de San Petersburgo. Me eché a correr a toda velocidad, y para hacerlo más cómodamente me quité la capa y la arrojé tras de mí. Permanecí refugiado en mi hogar y, más tarde, envié a uno de mis criados a recuperar la capa perdida.

Al día siguiente, oí gran barullo en la casa, en tanto mi fiel Juan se me acercaba diciéndome:

-¡Dios santo, señor! ¡Vuestra capa está rabiosa!

Rápidamente me aproximé y descubrí que, en efecto, mi capa estaba rabiosa. En el preciso instante en que yo entraba, ella se lanzó sobre una de mis casacas nuevas, despedazándola sin piedad alguna.

Sobre los perros y caballos del Barón

Fueron mi valor y mi presencia de ánimo los que me permitieron salir airoso en todas estas difíciles situaciones, en las cuales siempre estuvo en peligro mi vida. Esas dos virtudes son las que definen al buen cazador, al buen soldado y al buen marino. Sin embargo, sería muy imprudente el cazador, soldado o marino que confiara sólo en su valor y presencia de ánimo, sin cuidarse de poseer las habilidades e instrumentos que aseguren el éxito de sus acciones. No se me puede reprochar a mí tal defecto, ya que siempre he sido citado como autoridad, tanto por la excelencia de mis perros y caballos como por mi destreza a la hora de valerme de ellos.

No quisiera aburrir a nadie con detalles de mis caballerizas, de mis perreras o de mi armería, como suelen hacerlo los que poseen caballos, perros o armas, pero no puedo menos que mencionar a algunos de mis perros, que quedarán para siempre en mi memoria, por los fieles servicios que me prestaron.

Era el primero de ellos un perdiguero tan inteligente, incansable y precavido, que todo aquel que lo veía me lo envidiaba. Me era tan útil de día como de noche: cuando oscurecía, le sujetaba al rabo una linterna, y por este medio podía hacer caza nocturna tan bien como de día, si no mejor.

A poco de haberme casado, manifestó mi esposa sus deseos de acompañarme en una cacería. Yo cabalgué delante para buscar alguna presa, y a poco vi a mi fiel perdiguero ante una bandada de perdices. Esperé entonces para que llegara mi esposa, que me seguía con mi teniente y uno de mis criados. Como pasaba el tiempo y no se veían ni rastros de ellos, la inquietud empezó a apoderarse de mí, hasta que finalmente decidí volver sobre mis pasos. A mitad de camino, llegaron a mis oídos unos angustiados gemidos, pero por más que miré en todas direcciones, no fui capaz de hallar señal alguna de persona viva.

Apeándome, aproximé el oído al suelo y descubrí con asombro que los gemidos provenían de debajo de la tierra, y no sólo eso, sino que pude distinguir las voces de mi esposa, mi teniente y el criado. Advertí entonces que, a poca distancia, se abría el pozo de una mina de carbón, y ante este descubrimiento ya no me quedaron dudas de que mi esposa y sus acompañantes habían caído en ella. Me dirigí a todo galope al pueblo, donde ubiqué fácilmente a los mineros. Después de denodados esfuerzos, consiguieron rescatarlos del pozo, que mediría cuando menos veinticinco metros de profundidad.

El primero en salir a la superficie fue mi criado con su caballo. Después le tocó a mi teniente con su cabalgadura, y por último, a mi esposa con la suya. Lo más curioso del caso fue que nadie -ni personas ni animales- habían sufrido más daño que unos leves magullones y un considerable susto. Como todos pueden suponer, ya nadie pensó en la partida de caza. Y como pienso que quienes me oyen se habrán olvidado de mi perro, a lo largo de esta narración, me sabrán disculpar que yo también lo haya olvidado.

Al día siguiente debí emprender un viaje por asuntos de servicio, del que recién volví quince días después. Al regresar, pregunté por mi Diana, sólo para descubrir que nadie tenía noticias de ella. Mis criados supusieron que me la había-llevado en mi viaje, pero no siendo así, había que renunciar a la idea de volver a verla con vida.

Mas de pronto se me ocurrió una idea. ¿No estaría aún donde vi las perdices? Me dirigí sin demora al sitio, con la esperanza de ver confirmada mi ilusión, y al llegar encontré a mi fiel perra clavada en el lugar donde la había dejado dos semanas atrás. Le grité para que viniera hacia mí, pero el pobre animal estaba tan extenuado y hambriento que apenas podía seguirme. No tuve más remedio que ponerlo sobre el caballo para llevarlo de regreso a casa. Acepté

gustoso la incomodidad. Unos pocos días de reposo y buenos cuidados fueron todo lo que mi Diana necesitó para recuperarse totalmente, y poco tiempo después, me permitió resolver un misterio que jamás hubiera podido dilucidar sin ella.

Durante dos días me había empeñado yo en perseguir a una liebre. Mi perra la corría sin parar, pero yo nunca lograba ponerme a distancia de tiro de ella. No soy dado a creer en brujerías, porque he visto muchas cosas maravillosas en mi vida, pero mi lucha con esa maldita liebre me tenía a mal traer. Por fin, el segundo día, logré acercarme lo suficiente al animal y di fin a la cacería. Entonces, ¿qué creéis que descubrí con gran asombro? La famosa liebre tenía cuatro pares de patas, dos en el vientre y otros dos en el lomo. Así, cuando las patas inferiores se cansaban, el animal daba una vuelta en el aire y renovaba con más bríos su carrera.

Nunca he vuelto a ver una liebre como ésa, que sin duda se me hubiera escapado, sin la ayuda de mi fiel perra. Diana era muy superior a todos los otros perros de su raza, y me atrevería a llamarla única, si no fuera por otra perra, una galga, también de mi posesión, que le disputaba el puesto. No era tanto su figura sino su velocidad lo que deslumbraba. Nadie que la haya visto en acción dejó de admirarla, y mucho menos se extrañó de que yo la tuviera en tan alta estima y cazara tan a menudo con ella. Tanto fue lo que corrió este sufrido animal, cazando conmigo, que en su vejez las patas se le habían gastado casi hasta la altura del vientre; aun así, supo prestarme buenos servicios de otras maneras.

Una vez, cuando era todavía joven, se lanzó en persecución de una enorme liebre más gorda que cualquiera que jamás se haya visto. Mi perra estaba preñada y daba pena ver los esfuerzos que hacía por correr tan de prisa como siempre. De repente, oí que los ladridos se multiplicabas, como si se acercara una jauría. Me aproximé y pude entonces ver uno de los espectáculos más maravillosos del mundo. La liebre, que según descubría ahora debía su peculiar tamaño al hecho de estar preñada, había parido mientras huía, y la suerte había querido que otro tanto ocurriera con mi perra, dando la casualidad de que la cantidad de lebratillos y cachorros era la misma. Por instinto, los lebratillos huyeron también, pero los perritos no sólo los persiguieron sino que cada uno de ellos capturó uno, de modo que al terminar la cacería tenía en mi poder seis liebres y seis perros, cuando al comenzar había tenido tan sólo una liebre y un perro.

Con el mismo placer recuerdo a un admirable caballo de origen lituano que resultó, a todas luces, inestimable. Me convertí en su dueño merced a un juego del destino que me permitió a la vez demostrar mis habilidades como jinete. Me encontraba como invitado en uno de los palacios del conde de Przobowski de Lituania, y mientras el resto de los caballeros había ido al patio para admirar un hermoso ejemplar equino recién llegado, yo preferí quedarme en el salón, tomando té con las damas. De pronto, oímos un clamor pidiendo ayuda, y al bajar a toda prisa las escaleras, me di de bruces con el susodicho caballo, tan furioso y salvaje que ni los mejores

jinetes allí presentes se atrevían siquiera a acercársele. Decididamente, me' arrojé sobre su lomo de un salto, provocando el terror y el asombro en todos los rostros. Sorprendido sin duda por mi imprevisto ataque, el salvaje potro sucumbió pronto a mis habilidades de domador. Para tranquilizar a las señoras presentes, obligué al potro a entrar en el sablón a través de una ventana, y una vez adentro, lo obligué a encaramarse sobre una mesa y a efectuar sobre ella una serie de pruebas, sin romper siquiera una taza. Este suceso me granjeó no sólo la simpatía de las damas, sino también la del conde, que con infinita cortesía me rogó que aceptara al animal para que me acompañase con merecida gloria en mi futura campaña contra los turcos, a las órdenes del conde de Munich.

Aventuras del Barón en la guerra contra los Turcos

Pocos regalos me hubieran regocijado más que el de aquel caballo, sobre todo teniendo en cuenta que me sería de gran utilidad en una campaña en la que por primera vez iba a demostrar mis dotes de soldado. ¡Un caballo tan dócil y tan fogoso a la vez, un animal que era un cordero y un Bucéfalo al mismo tiempo, me recordaría constantemente mis deberes de soldado y las heroicas aventuras de Alejandro en sus conquistas!

El propósito principal de la guerra era, al parecer, lavar el honor del Imperio Ruso, que había quedado bastante manchado en el Pruth, en tiempos del zar Pedro 1. Logramos nuestro objetivo luego de una dura aunque gloriosa campaña, gracias al talento del gran general antes mencionado.

La modestia hace que los subalternos jamás se adjudiquen la autoría de grandes e ilustres hechos de armas.-La gloria se atribuye normalmente a los jefes, por más incapaces e ineptos que sean, o no reyes que no han sentido el olor de la pólvora sino en las cacerías o que jamás han visto maniobrar a un ejército sino en los desfiles.

Por esta razón, yo no voy a reivindicar para mí ni la más ínfima parte de la fama que nuestros ejércitos alcanzaron en el curso de durísimas batallas contra el enemigo. Todos cumplimos con nuestro deber, eso es todo.

En esa época, yo tenía a mi mando un batallón de húsares, y se confiaba en que mi inteligencia y mi valor los llevaría al éxito en sus expediciones. Pero debo ser justo y aclarar que el éxito debe ser atribuido no sólo a mi persona sino también a mis bravos compañeros de aventura.

Un día, mientras rechazábamos una salida de los turcos en

Oczakow, los hombres de la vanguardia se encontraron en difícil situación. Yo estaba entre ellos, y de pronto vi venir desde la ciudad un batallón enemigo, envuelto en una enorme nube de polvo que hacía imposible apreciar su cantidad o a qué distancia se encontraba. Podría perfectamente haberme rodeado yo de una nube similar, pero me pareció que este recurso no nos reportaría ningún beneficio y, además, hubiera constituido una estrategia poco menos que vulgar. En cambio, ordené a mis fuerzas que se dispersaran por los flancos, haciendo tanto polvo como pudieran, mientras yo me lanzaba rectamente contra el enemigo para observarlo de cerca. Llegué a las filas enemigas, que lucharon conmigo hasta que mis hombres llegaron y los dispersaron en retirada, obligándolas a retroceder aun más allá de su ciudadela, resultado éste que nunca nos hubiéramos atrevido a esperar.

Pero hete aquí que, al ser mi hermoso caballo mucho más veloz que los otros, yo me puse a la cabeza de la persecución, y viendo que el enemigo huía hacia la otra puerta de la ciudad, juzgué conveniente detenerme unos minutos en la plaza y tocar llamada. Qué enorme fue mi asombro al descubrir que ni el trompeta ni ninguno de mis húsares se ponía a mi lado. Pensé que estarían persiguiendo al enemigo por otras calles, y consideré oportuno permitir a mi caballo acercarse a una fuente que allí había y dejar que bebiera. En efecto, púsose a beber el noble bruto y lo hacía de manera realmente asombrosa, como si tuviera una sed imposible de apagar. Muy pronto aclaré este fenómeno. Al mirar hacia atrás para ver si por fin venían los míos, descubrí con asombro que a mi cabalgadura le faltaba toda la parte trasera, de modo que el agua que bebía se le escapaba de inmediato por detrás. No acerté a explicarme cómo podía haberle ocurrido esto, hasta que uno de mis subordinados, que recién venía del otro extremo de la ciudad, me contó lo sucedido, mezclando en el relato profusas felicitaciones y abundantes juramentos. En el preciso instante en que yo, en medio de los enemigos, entraba en la ciudad, habían dejado caer el rastrillo de la puerta, que de un solo tajo seccionó la parte trasera de mi cabalgadura. Sólo esa parte trasera de mi caballo -que en un comienzo, quedó atrapada entre los enemigos-, les causó graves estragos, a pura coz. Luego se había dirigido hacia un prado cercano, donde la encontraría si me dignaba ir a buscarla. De inmediato, di la vuelta y a la mayor velocidad que me permitía mi medio corcel corrí al prado, donde con gran alegría encontré la mitad posterior, entregada a placenteras actividades con las yeguas que por allí correteaban.

Teniendo así la certeza de que ambas mitades de mi caballo estaban vivas y sanas, mandé llamar a nuestro veterinario. En el acto, él decidió unir las dos, partes, cosiéndolas con los tallos de un laurel que crecía en las cercanías. La herida curó rápidamente y sin problemas, y ocurrió algo que me habría asombrado si no hubiese yo sabido de antemano que se trataba de un animal maravilloso: los tallos del laurel enraizaron en el cuerpo del caballo y brotaron, creando una enramada bajo la cual, en más de una ocasión, pude

pasearme a la sombra de mis laureles, para rematar aquel glorioso episodio.

Aprovecharé para relatarles un leve inconveniente, consecuencia del combate recién referido. Había pasado tanto tiempo acuchillando turcos que mi brazo adquirió el irresistible hábito de realizar el movimiento correspondiente, aun en ausencia de enemigos. Temiendo acuchillarme a mí mismo o a alguno de los míos, decidí que lo mejor sería llevar el brazo en cabestrillo durante ocho días, como si lo tuviera herido, y de esa manera inmovilizarlo hasta tanto abandonara la peligrosa costumbre.

Relataré ahora otra hazaña que a nadie debe extrañar, proviniendo de un hombre capaz de montar un caballo como mi potro lituano. Nos hallábamos sitiando una ciudad cuyo nombre no quiero recordar, y era muy importante para el general saber con la mayor exactitud posible qué ocurría dentro de sus murallas. Parecía imposible que uno de los nuestros pudiera colarse al interior de una plaza tan bien defendida, pues para lograrlo, sería necesario abrirse paso sigilosamente a través de puestos de avanzada, líneas de centinelas y las más diversas fortificaciones, y nadie se atrevía a emprender tal viaje. Pero yo lo hice, del modo más ingenioso.

Confiando un poco ciegamente en mi valor, y arrastrado por mi sentido del deber, me ubiqué al lado de uno de nuestros más poderosos cañones, y en el instante en que el tiro salió, me arrojé sobre la bala y me así a ella con todas mis fuerzas, con la idea de penetrar en la plaza por este medio. Estaba ya en mitad de mi vuelo cuando me di cuenta de lo difícil que resultaría volver. ¿Qué sucedería una vez que me encontrara en el interior de la plaza? Sin dudas sería descubierto y me ahorcarían. Éste no era un final digno de mí. Mientras hacía esta reflexión y otras por el estilo, advertí que a mi alrededor pasaban muchas balas de cañón en dirección contraria, las que desde la fortaleza disparaban contra nuestro campo. En cierto momento, una de ellas cruzó a muy poca distancia de mí; entonces, abandoné la mía para saltar sobre ella y así regresé con mi gente. Es cierto que en esta ocasión no logré mi cometido inicial, pero pude retornar sano y salvo.

Nadie vaya a creer, por lo que acabo de narrar, que mi caballo era menos dispuesto que yo para los saltos. No había foso ni vallado que lo detuviera. Recuerdo una ocasión en que una liebre que perseguíamos cruzó el camino real, en momentos en que se aproximaba un carruaje que se interpuso entre la presa y nosotros. Mi potro lituano, lejos de amedrentarse por el obstáculo, atravesó el carruaje por las ventanillas, a tal velocidad que apenas me dio tiempo de quitarme el sombrero para saludar a las damas que en él viajaban y pedirles disculpas por la libertad que me había tomado.

En otra ocasión, intenté saltar por encima de un pantano, pero ya en vuelo, a mitad de camino, advertí que mi cálculo había sido erróneo y que no alcanzaría la otra orilla. De inmediato, volví grupas en medio del salto y caí de nuevo en la misma orilla de la que había partido, desde la cual tomé acrecentado impulso para saltar otra vez. Nuevamente erré el cálculo, y esta vez caí en medio del pantano, en el

que me hundí hasta el cuello. Sin dudas allí hubiera perecido, de no mediar la genial idea que tuve de tirar vigorosamente de mi coleta, elevando y arrancando de la muerte tanto a mi propia persona como a mi caballo, al que sujetaba con toda la fuerza de mis piernas.

Aventuras durante su cautiverio

A pesar de todo mi valor, así como de la rapidez y destreza de mi caballo, no todo fueron rosas para mí en la guerra contra los turcos. Mis desgracias llegaron hasta el punto de caer prisionero de ellos y, lo que todavía es peor, ser vendido como esclavo.

No obstante lo humillante de esta situación, no puede decirse que mi trabajo fuera inusitadamente duro, aunque sí era de lo más extraño. Todas las mañanas debía llevar al prado las abejas del Sultán, cuidarlas durante el día y, al oscurecer, conducirlas de nuevo a sus colmenas. Una tarde eché de ver que me faltaba una abeja, y muy pronto descubrí que un par de osos la habían atacado y querían destriparla para sacarle la miel. Mi única arma era un hacha de plata, símbolo que distingue a los jardineros y campesinos del Sultán. Tomando mi hacha, se la arrojé a los osos para asustarlos y obligarlos a huir. De esta manera conseguí, en efecto, espantar a los osos y salvar a la abeja bajo mi custodia, pero quiso la mala fortuna que lanzara el hacha con tanta fuerza que, muy lejos de detenerse, continuó su vuelo hasta caer nada menos que en la luna.

¿Cómo iba a recuperar mi hacha? No había ninguna escalera a mano y mucho menos una suficientemente elevada.

Recordé entonces que el guisante de Turquía crece con increíble velocidad y con igual rapidez alcanza extraordinaria altura. En el acto, planté un guisante que de inmediato germinó, brotó, empezó a crecer, y en un abrir y cerrar de ojos fue a enroscar uno de sus zarcillos precisamente en uno de los cuernos de la Luna.

Trepando con gran celeridad por el largo tallo, llegué sin inconvenientes al astro, pero no era tarea fácil encontrar un hacha de plata en un lugar donde todo es de plata. Finalmente, la hallé en medio de un montón de paja. Decidí entonces regresar, pero descubrí consternado que el calor del Sol había marchitado el tallo de mi escala vegetal y lo había vuelto tan quebradizo que, descender por él, era arriesgarse a romperse la cabeza. ¿Qué podía hacer en semejante apuro?

Recordé entonces la paja sobre la cual había encontrado mi hacha y trencé con ella una cuerda de la mayor longitud posible. Até uno de sus extremos a uno de los cuernos de la Luna y descolgándome por ella emprendí el regreso. Me sostenía con la mano derecha y llevaba el hacha en la izquierda. Cuando llegué al extremo inferior, corté con el hacha la parte superior de la cuerda, por encima de mi puño, la anudé a la punta inferior-de la que me sostenía- y reanudé el

descenso. Repitiendo esta operación unas cuantas veces, pude distinguir, debajo de mí, los campos del Sultán. Me debía encontrar tan sólo a dos leguas del suelo cuando la improvisada cuerda, cediendo a mi peso, se quebró. Por el golpe que me di al caer contra el suelo quedé medio aturdido. Al recuperar la conciencia, descubrí que el impacto de mi cuerpo sobre la tierra había producido un hoyo de varios metros de profundidad, en cuyo fondo me encontraba. Pero como la necesidad es muy buena consejera, pronto se me ocurrió que podía fácilmente excavar una escalera con mis uñas, que tenían un largo de cuarenta años. Así pude volver a ver la luz del día.

Habiendo pasado por esa experiencia, decidí que sería mejor buscar una manera de liberarse de los osos. Pronto ideé una. Unté con miel la lanza de un carro y me escondí en las cercanías, al acecho, durante la noche. A poco llegó un oso atraído por el olor de la miel. Comenzó a lamer con tanta glotonería que pronto acabó por tragarse todo el palo, que le atravesaba las fauces, el estómago y el vientre hasta salirle por el agujero trasero. Cuando la lanza asomó, introduje en el orificio de la punta una clavija, de forma tal que la bestia no tenía manera alguna de retirarse, y así lo dejé hasta el día siguiente. El Sultán, que casualmente se paseó por esos campos, durante la mañana, casi murió de risa al ver al oso así capturado.

No pasó mucho tiempo hasta que rusos y turcos hicieron las paces, y fui enviado de nuevo a San Petersburgo junto con otros muchos prisioneros de guerra. Una vez allí, tomé licencia y dejé Rusia precisamente en el momento en que se gestaba la gran revolución que estalló hará unos cuarenta años y en la cual el Emperador, aún en pañales, así como sus padres, el Duque de Brunswick, el general Munich y tantos más, fueron deportados a Siberia.

Recuerdo que aquel invierno fue extraordinariamente frío en toda Europa, tanto que hasta al mismo Sol le salieron sabañones y todavía se pueden ver las marcas en su cara.

Como es de suponer, yo también sufrí las consecuencias del frío y mi viaje de vuelta fue mucho más penoso que el de ida.

Mi hermoso corcel lituano había quedado en manos de los turcos, de manera que muy a mi pesar me vi obligado a viajar en posta. Nos encontramos de pronto en un angosto camino flanqueado por altísimos arbustos y terraplenes. Conociendo los peligros que tal situación implicaba, sugerí al conductor que hiciera sonar su cuerno, a fin de evitar que otro carruaje se nos acercara en dirección contraria. El hombre intentó poner en práctica mi consejo, pero por más que sopló y sopló con todas sus fuerzas, no logró hacer salir el más leve sonido del cuerno. Esto, que en un principio era tan sólo un misterio inexplicable, se transformó pronto en motivo de inquietud, cuando advertimos que venía a nuestro encuentro otro coche que abarcaba todo el ancho de la senda. A toda prisa eché pie a tierra y, tomando primero la precaución de desenganchar los caballos, cargué a mis espaldas el carruaje y salté por encima de los arbustos y el terraplén, que tendría cuando menos nueve pies de altura. Luego, de otro salto, pasé por encima del otro carruaje y volví a depositar el

nuestro en el camino. Rápidamente, regresé hasta donde se encontraban nuestros dos caballos y, cargando uno bajo cada brazo, repetí mis saltos. Después los enganché de nuevo al carruaje y así pudimos continuar tranquilamente nuestra marcha hasta la próxima posada. Uno de los caballos, sin embargo, no pareció muy apegado a los deportes aéreos, ya que a mitad del segundo salto comenzó a cocear de tal manera que estuvo muy cercano a lastimarme. Afortunadamente, pude meter sus patas traseras en los bolsillos de mi casaca, inmovilizándolo.

Al llegar a la posada, nos dispusimos todos a descansar y a recuperarnos de nuestra aventura. El conductor colgó su cuerno de un clavo de la chimenea y tomamos asiento. Entonces, para asombro de todos los presentes, el cuerno comenzó a sonar solo. Pronto el estupor dejó paso a la explicación racional: las notas que el conductor había intentado emitir inútilmente se habían congelado en el interior del cuerno, y ahora salían de a poco, al calor de la chimenea. De esta manera, gozamos durante una buena media hora del sonido del cuerno, sin necesidad de que nadie se lo llevara a los labios.

Creo que ésta fue la última aventura de mi viaje a Rusia que merece ser relatada.

Muchos viajeros prolongan sus relatos apelando a la fantasía. Sería entendible que mis lectores desconfíen de la veracidad de mis aventuras. Si hubiera alguien que dudase, le pediré con gran dolor, por su desconfianza, que se retire antes de que comience a narrar mis aventuras en el mar, pues son aún más extraordinarias aunque igualmente verídicas.

Primera aventura en el mar

E1 primer viaje de mi vida, que tuvo lugar un tiempo antes del viaje a Rusia que os acabo de relatar, fue por mar.

Mi tío solía decirme en esa época -en que aún estaba en competencia con las ocas y no se sabía si la pelusa rubia que me cubría la barbilla se convertiría en barba o en plumón- que ya por entonces eran los viajes mi único interés.

Esta afición a los viajes desde tan temprana edad debe achacarse a mi padre, quien había pasado la mayor parte de su juventud viajando, y acostumbraba amenizar las charlas con relatos de algunas de sus muchas aventuras.

Yo aprovechaba cada oportunidad que se me presentaba de convencer a mi padre para que me dejase emprender un viaje. Por desgracia, todos mis esfuerzos fracasaban: si alguna vez lograba hacer ceder poco a poco a mi padre, mi madre y mi tía se resistían a la idea con más fuerza que nunca.

Cierto día, por uno de esos inexplicables juegos del destino, vino a visitarnos un pariente materno del que muy pronto supe convertirme

en favorito. Con frecuencia, me decía que yo era un joven sumamente gallardo e inteligente, y que haría todo lo que estuviera a su alcance para ayudarme a obtener el favor de mis padres en cuanto a emprender un viaje. Dicho y hecho, luego de una serie de discusiones y consideraciones por parte de ambos bandos, se decidió que lo acompañaría en uno de sus próximos viajes a Ceilán, país donde su tío había sido gobernador durante muchos años.

Zarpamos de Amsterdam con una importante misión encargada por el Alto Poder de los Estados Holandeses, y puede decirse que nuestro viaje fue tranquilo y sin grandes particularidades, aunque pasamos por una feroz tempestad que me veo obligado a mencionar, por las consecuencias maravillosas que produjo.

Se desencadenó precisamente cuando habíamos echado el ancla frente a una isla para aprovisionarnos de agua dulce y leña, y con tanta violencia que arrancó e hizo volar por los aires una gran cantidad de árboles. Era cosa maravillosa ver cómo esos enormes árboles, a pesar de su enorme peso, se mantenían suspendidos en el aire a tal altura que apenas si se los distinguía. Una vez calmada la tormenta, sin embargo, todos los árboles volvieron a caer verticalmente y echaron raíces con gran velocidad, de forma tal que era imposible advertir el menor vestigio de los daños causados por el vendaval. Solamente uno de los árboles, el más grande de todos, fue una excepción. En el momento de la tormenta se hallaban en él un buen hombre y su mujer, recogiendo pepinos, que en esas latitudes crecen en los árboles. El asombrado matrimonio realizó su travesía aérea con tanta tranquilidad como el carnero de Blanchard, pero modificó con su peso la trayectoria del árbol, que en vez de caer vertical, cayó de costado.

El Cacique de la isla, temiendo morir sepultado bajo las ruinas de su morada, había abandonado su palacio junto a la mayor parte de sus súbditos. Ahora, una vez calmada la tormenta, regresaba a través de los jardines cuando el árbol, cayendo a toda velocidad, lo aplastó y, por fortuna, lo mató al instante.

-¿Por fortuna ha dicho?

Sí, por fortuna, porque debo decir que .el Cacique era, con todo respeto, el más repugnante y déspota de los tiranos, y los habitantes de la isla eran por su causa, sin excepción, los seres más desventurados del planeta. Enormes cantidades de víveres se echaban a perder en sus almacenes, mientras el pueblo moría de hambre.

Para demostrarle al matrimonio su gratitud por el involuntario servicio prestado, el pueblo erigió en caciques al recolector de pepinos y su esposa.

Después de reparar nuestro barco de los daños sufridos durante la tormenta, nos despedimos de los flamantes monarcas de la isla y continuamos nuestro viaje hasta arribar a Ceilán, aproximadamente seis semanas más tarde.

Habrían transcurrido unos quince días desde nuestra llegada, cuando recibí del hijo mayor del gobernador una invitación para una partida de caza. No hace falta decir que accedí prontamente y con

muy buena voluntad. Era mi amigo un hombre alto y robusto, perfectamente acostumbrado a las elevadas temperaturas de aquel clima. Yo, en cambio, no tardé mucho en sentirme fatigado aunque no hubiera hecho grandes esfuerzos, y al momento de llegar a la selva ya había quedado bastante rezagado.

Me disponía a sentarme para tomar un respiro a orillas de un río que había llamado mi atención, cuando oí gran ruido a mis espaldas. Me di rápidamente vuelta y vi con horror a un gran león que se acercaba a mi extenuada persona, con la evidente intención de devorarme sin siquiera pedirme permiso. Mi escopeta estaba cargada con perdigones, pero como no tenía tiempo ni para cambiar la carga ni para pensar demasiado, decidí hacer fuego para ver si al menos lo espantaba. Pero al apuntarle, la fiera debió adivinar mis intenciones, ya que se lanzó de un salto sobre mí, sin darme tiempo a oprimir el gatillo. Dejándome guiar más por el instinto que por la razón, intenté lo imposible: huir.

Giré para salir corriendo y -aún tiemblo al recordarlo- descubrí a pocos pasos a un gigantesco cocodrilo, que ya abría, para devorarme, las más grandes mandíbulas que jamás se hayan visto.

No hace falta ser muy imaginativo para ver lo horrible de mi situación: detrás de mí, un furioso león; enfrente, el más enorme cocodrilo; a mi izquierda, un río de rápidos; y a la derecha, un precipicio que según supe más tarde, era hogar de serpientes venenosas.

Confundido ante la variedad de peligros y la difícil situación, caí al suelo. Lo único que esperaba era sentir de un momento a otro los dientes del león o las mandíbulas del cocodrilo. Pero, pasados unos segundos, escuché un fuerte y violento ruido, aunque ningún dolor. Me atreví a levantar levemente la cabeza, y descubrí con sorpresa que el león, al saltar sobre mí, había caído en las fauces abiertas del cocodrilo. Sin perder tiempo, me puse de pie y con mi espada corté la cabeza del león, cuyo cuerpo sin vida cayó a mis pies. Acto seguido, empujé con la culata de mi escopeta la cabeza del león hasta lo más profundo de la garganta del cocodrilo, que tardó muy poco tiempo en morir asfixiado.

Minutos después llegó mi compañero, quien había vuelto por mí, alarmado por tan prolongada ausencia. Luego de felicitarme largamente por el feliz producto de mi jornada, procedimos a medir las piezas, descubriendo que el cocodrilo medía nada menos que cuarenta pies parisienses y siete pulgadas.

A nuestro regreso, relatamos la aventura al gobernador, quien envió al lugar un carro y los hombres suficientes para traer las bestias. Con la piel del león, me hice confeccionar una cantidad de bolsas para tabaco que repartí entre mis amigos de Ceilán. La piel del cocodrilo fue disecada y hoy constituye una de las mayores atracciones del Museo de Amsterdam, donde el guía relata la historia completa. Debo aclarar que el buen hombre suele agregar gran cantidad de detalles de su invención, que degeneran la historia y afectan gravemente su credibilidad.

Suele decir, por ejemplo, que el león recorrió al cocodrilo en toda su

longitud y que al asomar su cabeza por el otro extremo le fue cortada la misma por el Ilustrísimo Barón (así acostumbra llamarme), quien al mismo tiempo seccionó tres pies de la cola del reptil. El cocodrilo -continúa el guía- sintiéndose humillado por la amputación, se dio la vuelta y se tragó la espada del Barón, con tanta fuerza que se le clavó en medio del corazón, provocando su muerte.

No hace falta decir, señores, que tales exageraciones ofenden mi modestia. Nos hallamos en una época de escepticismo, y no sería extraño que la gente que no me conoce, erróneamente impresionada por las charlatanerías del guía, diera en descreer de la totalidad de mis aventuras, cosa que ofendería en grado sumo mi honor de caballero.

Segunda aventura en el mar

Corría el año 1776 cuando zarpé de Portsmouth hacia América del Norte, a bordo de un buque de guerra inglés de primera categoría, con cien cañones y una tripulación de mil cuatrocientos hombres. Dejaré para otra ocasión el relato de mis aventuras en Inglaterra, pero no puedo renunciar al deseo de contar una muy peculiar.

Tuve la oportunidad de ver pasar al Rey, quien se dirigía al Parlamento en su coche oficial. Iba al pescante un cochero de imponente tamaño, en cuya barba podía verse, por obra del peluquero, el escudo inglés.

Nuestra travesía transcurrió tranquilamente hasta que nos hallamos a unas trescientas millas del río San Lorenzo, donde nuestra nave chocó contra lo que supusimos una roca. Sin embargo, al echar la sonda al agua no pudimos encontrar fondo ni aun a quinientas brazas. Y lo que hacía más extraordinario el accidente era que, con la fuerza del choque, habíamos perdido el timón, el bauprés se había partido en dos, los palos se habían rajado al medio y más aún, dos de ellos se precipitaron sobre cubierta. Un pobre marino que se encontraba en los aparejos salió arrojado por los aires y cayó a más de tres leguas de distancia. Por suerte, el hombre tuvo la buena idea de aferrarse al cuello de una grulla que pasaba volando, con lo cual no sólo amortiguó su caída sino que pudo volver al buque.

La violencia del choque fue tal que toda la tripulación salió despedida contra el castillo de proa. Yo mismo terminé con la cabeza hundida entre los hombros, y fue menester que pasaran muchos meses antes de que ésta recuperara su posición normal.

Fuimos arrancados del asombro, por la aparición de una enorme ballena. Evidentemente, el animal dormitaba en la superficie cuando lo embestimos, y la agresión no le había caído muy en gracia. Por si lo dudábamos, se encargó de demostrarnos su malhumor, sacudiendo coletazos contra el barco. Enfurecida, sujetó el ancla con la boca y se lanzó a toda carrera, arrastrando nuestro buque a unas sesenta

millas, a razón de seis por hora. Dios sabe hasta dónde nos habría remolcado, si el cable del ancla no se hubiera cortado por obra y gracia divina.

En nuestro viaje de regreso a Europa, muchos meses después, nos encontramos de nuevo con la ballena que flotaba ya muerta. Era tan grande el animal que no podíamos llevar a bordo más que una pequeña porción, y al efecto echamos al agua los botes. Luego de complejas y largas maniobras, conseguimos seccionarle la cabeza. En su interior, encontramos no sólo nuestra ancla sino también cuatro toesas de cable.

Creo que ése fue el único acontecimiento digno de mención que nos sucedió. ¡No!

Un minuto tan sólo. Olvidaba otro incidente que, por poco, no nos fue fatal.

Cuando fuimos arrastrados por esa bendita ballena, nuestro buque comenzó a hacer agua. Ni siquiera haciendo funcionar todas las bombas hubiéramos podido evitar el irnos a pique en media hora. Afortunadamente, pude descubrir el lugar de la avería, que no tendría menos de un pie de diámetro. En vano intenté reparar el casco, por todos los medios. Por suerte, se me ocurrió entonces una genial idea, que demuestra cómo con poca cosa pueden sortearse los más difíciles obstáculos. Sin perder tiempo en quitarme los calzones, encajé mis posaderas en el boquete. Aun en el caso de que la avería hubiese sido más ancha habría logrado taparla, lo cual no os extrañará cuando sepáis que desciendo de familia holandesa. De más está decir que mi posición no era la más cómoda del mundo, pero muy pronto me sacó de ella, la habilidad del carpintero.

Tercera aventura en el mar

E n cierta ocasión, estuve muy cerca de morir en el Mediterráneo. Aprovechaba una hermosa tarde de verano bañándome en las cercanías de Marsella, cuando vi a un enorme pez que se me acercaba con la boca abierta. Era evidente la imposibilidad de huir, por lo que decidí achicar el tamaño de mi cuerpo, haciéndome un ovillo. De esta manera, pude deslizarme entre las mandíbulas del pez de una sola pieza, hasta introducirme en su garganta. Reinaba allí absoluta oscuridad y un nada desagradable calor. Era evidente, a su vez, que mi presencia en la garganta molestaba al pez, por lo cual no creo equivocarme al pensar que estaría considerando seriamente el devolverme al exterior. Para ayudarlo en su decisión, comencé a caminar, brincar y a hacer todo tipo de piruetas que incrementaran su malestar. La danza escocesa parecía ser una de las que más lo incomodaban. El pez manifestaba sus molestias con gemidos y sacando medio cuerpo fuera del agua. En este trance estaba, cuando fue avistado por la tripulación de un pesquero italiano que le echó el

arpón.

Una vez que nos hallábamos a bordo, oí a los pescadores deliberar sobre cuál sería la mejor manera de cortarlo para obtener la mayor cantidad posible de aceite, y como entiendo a la perfección el italiano, me entró miedo de que sus filos pudieran dañarme a mí también. Para ponerme a salvo, me refugié en el centro mismo de su estómago -donde cabían cómodamente varios hombres-, suponiendo que comenzarían por los extremos. Había calculado mal, ya que empezaron por cortar el vientre, aunque por suerte, sin dañarme. Apenas vislumbré la luz a través del primer tajo, comencé a gritar, expresando mi alegría por ser liberado de tan opresivo cautiverio.

Me es imposible describir con palabras el asombro de los marineros al sentir una voz humana surgir de las entrañas del animal, asombro que creció aún más cuando vieron salir del vientre del pez a un hombre totalmente desnudo.

Para aclarar la situación, les narré la historia tal cual la acabo de contar ahora, y si bien es cierto que se compadecieron de mí, tampoco se cuidaron demasiado de ocultar su risa. Luego de tomar algún alimento, me eché al agua para lavarme y regresé nadando a la playa, donde encontré mis ropas en el mismo lugar donde las había dejado.

Calculo que habré permanecido en el interior del pez unos tres cuartos de hora, más o menos.

Cuarta aventura en el mar

Cuando estaba al servicio de los turcos, tenía la costumbre de pasearme en mi yate por el mar de Mármara, desde donde se goza de una admirable vista de Constantinopla.

Una mañana en que me encontraba absorto en la belleza y serenidad de aquel cielo, vi flotando en el aire un objeto redondo del tamaño de una bola de billar, del que parecía colgar algo. De inmediato, eché mano de mi carabina, que nunca dejo en casa, y cargándola con bala hice fuego sobre el misterioso objeto. Al parecer, no acerté el tiro, por lo que decidí repetirlo con doble munición, también sin éxito. Finalmente, al tercer intento, logré acertarle con cuatro o cinco balas que perforaron su costado, de modo que empezó a descender.

Imaginaos mi sorpresa cuando vi caer a dos toesas de mi nave, una especie de cilindro dorado, suspendido de un enorme globo cuyo tamaño superaba el de la cúpula de una catedral. En el interior del cilindro había un hombre y medio carnero asado.

Recuperándome de mi sorpresa, formé con mis hombres un círculo en torno al misterioso personaje.

El desconocido, que supuse francés, tenía los bolsillos repletos de oro y joyas. Sus dedos estaban cubiertos de exquisitos anillos guar-

necidos de diamantes y todo él, en general, daba la impresión de enorme riqueza. Para mis adentros, no pude menos que pensar que aquel hombre debía de haber prestado enormes servicios a la humanidad para que los nobles, a pesar de su habitual tacañería, le hubieran hecho tan fastuosos regalos.

El golpe de la caída lo había aturdido un poco, de modo que hubo que esperar algún tiempo hasta que se halló en condiciones de responder a nuestras preguntas. Finalmente se recuperó y nos contó lo siguiente:

"No he sido yo, claro está, quien ideó este ingenioso medio de transporte, pero sin dudas he sido el primero en utilizarlo para dejar en ridículo a los acróbatas y equilibristas, elevándome más alto que ellos. Hará unos siete u ocho días, realicé una ascensión a la punta del Cornouailles, en Inglaterra. Llevaba conmigo un carnero, con la intención de dejarlo caer desde las alturas, para diversión de los espectadores. Por desgracia, el viento cambió su dirección diez minutos después de mi partida, y en vez de llevarme hacia Exeter me condujo hacia el mar, sobre el cual he estado flotando a gran altura. Entonces me alegré de no haber lanzado el carnero, ya que al tercer día, acuciado por el hambre, no tuve más remedio que sacrificar al desdichado animal. Hacía ya un buen tiempo que había superado la altura de la Luna, y a decir verdad me hallaba tan cerca del Sol que se me habían quemado ya las pestañas. Coloqué al carnero, previamente desollado, en la parte donde más daba el Sol y así, en tres cuartos de hora, estuvo asado. Con él me alimenté durante mi viaje".

"No podía descender, ya que se había roto la cuerda que acciona la válvula del globo, a través de la cual se supone que deben escapar los gases que lo sustentan, provocando un lento descenso. Si no hubierais disparado contra el globo, perforándolo, muy probablemente habría permanecido en el aire como Mahoma, suspendido entre el Cielo y la Tierra hasta el último Día."

El hombre, acto seguido, regaló la barquilla a mi piloto, quien en ningún momento había abandonado el timón, y arrojó al mar los restos del carnero. El globo, ya averiado por mis disparos, había terminado de destrozarse durante la caída.

Quinta aventura en el mar

Y a que aún queda tiempo para otra botella de vino, me permitirán relatarles otra asombrosa historia que me aconteció pocos meses antes de emprender el regreso a Europa.

El Gran Señor, al que había sido presentado por los embajadores, me encomendó una misión de la más alta importancia en El Cairo, la cual debía llevar a cabo lo más discretamente posible.

Durante la travesía tuve oportunidad de aumentar mi servidumbre con algunos personajes de los más interesantes. Me hallaba a poca

distancia de Constantinopla, cuando vi a un hombre correr a través del campo a una velocidad asombrosa, más aún cuando noté que llevaba atado a cada pie un lastre de plomo de por lo menos cincuenta libras.

Movido por la sorpresa lo llamé y le pregunté a dónde se dirigía con tanta prisa y por qué razón se estorbaba los pies de tal manera.

Me contestó que había partido media hora antes de Viena, donde un gran personaje había prescindido de sus servicios, y no teniendo ya necesidad de su rapidez, la limitaba con el peso de sus lastres.

El joven me caía tan simpático que le pregunté si no querría ponerse a mis órdenes, y sin pensarlo mucho aceptó la propuesta.

Más adelante, no muy lejos del camino que seguíamos, avisté a un hombre que permanecía tendido, inmóvil, en el suelo. Cualquiera hubiese pensado a primera vista que estaba durmiendo, pero no era así, puesto que tenía el oído aplicado a la tierra, como si quisiera escuchar las conversaciones de los habitantes subterráneos.

-¿Qué es lo que se escucha, amigo? -le grité.

-Estoy oyendo crecer la hierba... sirve para matar el aburrimiento -me respondió.

-¿Y la oyes crecer, en efecto? -Pues claro que sí, señor.

Un oído tan fino sería de gran utilidad sin duda, así que lo invité a unirse a mi servicio.

No muy lejos de allí, vi a un cazador que apuntaba su escopeta al cielo y la disparaba. Asombrado, le pregunté a qué le disparaba, ya que nada se veía en el cielo.

-¡Oh! -me dijo-, tan sólo estoy probando esta escopeta. Parado en la veleta de la catedral de Estrasburgo había un pájaro al que acabo de derribar.

Conociendo mi pasión por la caza, no les asombrará que haya abrazado fuertemente a tan eximio tirador. Y ni hace falta decir que lo atraje a mi servicio por todos los medios posibles.

Siguiendo nuestro camino, llegamos por fin al Monte Líbano. Allí, en medio de un bosque de cedros, encontramos a un hombre petiso y gordo, tirando de una soga que rodeaba el bosque. Le pregunté de qué estaba tirando, y me respondió que al salir de su casa en busca de madera, había olvidado en aquélla el hacha y trataba de suplir la herramienta, de la mejor manera posible. Y diciendo esto, de un solo tirón echó por tierra todo el bosque, como si los cedros hubieran sido arbustos. Adivinaréis fácilmente los esfuerzos que hice para evitar que se me escapara este joven.

Ya en territorio egipcio, nos vimos envueltos por un huracán tan furioso que, por un momento, temí que fuéramos arrastrados por el viento. A la izquierda del camino, las aspas de una fila de molinos giraban a toda velocidad. Y a poca distancia de allí, había un personaje con un cuerpo digno de John Falstaff, que permanecía de pie y con un dedo apoyado en la ventana derecha de su nariz. Cuando vio nuestros esfuerzos en medio del huracán, se quitó respetuosamente el sombrero y, de inmediato, el viento cesó como por encantamiento y los molinos quedaron inmóviles. Asombrado ante un

fenómeno tan poco natural, interrogué al corpulento muchacho.

-Le ruego que me disculpe, señor -me respondió- hago un poco de viento para mi amo, dueño de estos molinos.

De inmediato pensé que el hombre podría serme de gran utilidad cuando, de regreso en casa, me faltara el aliento para relatar mis numerosas aventuras. Pronto llegamos a un acuerdo, y el famoso soplador abandonó los molinos para unirse a mí.

Pero ya era tiempo de cumplir mi misión en El Cairo, y una vez terminados mis deberes decidí deshacerme de mi séquito ya inútil, con excepción de mis últimas adquisiciones. Con ellas, emprendí el regreso como un simple caballero.

Aprovechando el espléndido tiempo que hacía, quise darme el gusto de alquilar un bote y remontar el Nilo hasta la altura de Alejandría.

Todo marchó perfectamente hasta el tercer día.

Sin dudas, habréis oído hablar de las inundaciones que una vez por año afectan los campos que rodean al río. Al tercer día, como recién dije, comenzaron a crecer las aguas con increíble rapidez, y al día siguiente, varias millas de campo estaban totalmente cubiertas con las aguas. El quinto día, luego de la puesta del Sol, nuestra barca encalló en algo que confundimos en principio con un cañaveral. Cuál no sería nuestra sorpresa cuando a la mañana siguiente, nos hallamos rodeados de almendros. La sonda indicaba sesenta pies de profundidad, y no había forma de avanzar ni retroceder. A eso de las ocho o las nueve, según calculé por la altura del Sol, una ráfaga volcó nuestra embarcación, mandándola a pique rápidamente. Por suerte, ninguno de nosotros -éramos ocho hombres y dos niños- murió en el accidente, ya que pudimos sujetarnos a las ramas, lo bastante fuertes como para soportar nuestro peso, pero no así el de la barca.

Permanecimos de ese modo por tres días, alimentándonos sólo con almendras. De más está decir que teníamos sobradamente con qué apagar la sed.

Veintitrés días después de este accidente, volvieron las aguas a su cauce normal, con tanta rapidez como habían crecido, y en el día veintiséis, pudimos volver a tocar la tierra.

El primer objeto con el cual chocó nuestra vista fue la barca, que yacía a cierta distancia del sitio donde se había hundido. Luego de haber secado nuestras pertenencias, tomamos de la barca lo imprescindible y nos pusimos en camino. Según los cálculos, nos habíamos desviado más de cincuenta millas de nuestro rumbo. Luego de siete días, llegamos al río y le contamos nuestras aventuras a un bey que solícitamente nos ayudó, poniendo a nuestra disposición su barca.

Después de seis jornadas de viaje arribamos a Alejandría, y desde allí nos embarcamos hacia Constantinopla, donde el Gran Señor me recibió con los brazos abiertos y tuvo la generosidad de otorgarme el honor de visitar su harén, y de llegar al extremo de permitirme elegir de entre sus mujeres las que fueran de mi agrado, incluyendo a sus favoritas.

Como no es mi costumbre fanfarronear de mis aventuras con

mujeres, terminaré aquí mi narración.

Sexta aventura en el mar

E1 Barón se disponía a acostarse una vez terminado el relato de sus aventuras en Egipto, pero el auditorio, motivado por la palabra "harén", quería enterarse de sus aventuras allí. De más está decir que el Barón fue inflexible en este punto, pero para satisfacer la curiosidad de sus amigos, accedió a relatarles algunas aventuras concernientes a sus peculiares amigos y compañeros de viaje, y prosiguió de la siguiente manera.

Desde mi regreso de El Cairo, compartíamos con el Gran Señor una intimidad tan estrecha que llegó al punto de que Su Majestad no podía pasar un día sin mí, invitándome siempre a comer y a cenar.

Debo decir, a mero título informativo, que el Emperador de los Turcos es, entre todos los potentados del mundo, el que más se mima, al menos en lo que a comidas se refiere, porque ya sabéis que en lo que respecta a bebidas, Mahoma prohíbe a sus fieles, tomar alcohol. Por lo tanto, no hay que esperar beber ni siquiera un trago del divino licor, cuando se encuentra uno a la mesa de un turco. Pero no por no hacerse en público es menos frecuente allí que alguien empine el codo en secreto, por más que esto le pese a Mahoma y al mismísimo Alá.

Durante las comidas, a las que asistía normalmente el capellán mayor del palacio, no se veía en la mesa ni una gota de vino. Pero cuando nos levantábamos, un buen frasco aguardaba al Sultán en su gabinete privado.

En una ocasión, me hizo el Gran Señor gesto de que lo siguiera, y yo marché tras de sus pasos, sin demora.

Apenas nos encontramos a puerta cerrada, sacó de un armario una botella y me dijo:

-Münchhausen, sé que los cristianos son grandes entendidos en vinos. Aquí tienes una botella de tokay, única de mi posesión, y estoy seguro de que en tu vida has probado nada parecido.

Y diciendo esto, llenó dos vasos que rápidamente terminamos.

-¿Qué dices, amigo mío? ¿Has probado alguna vez algo semejante? -me preguntó.

-Es bueno -respondí-, pero si se me permite, os diré que he bebido vinos superiores en la mesa del excelso Emperador Carlos VI de Viena.

-Mi estimado caballero Münchhausen -respondió el Sultán-, no es mi intención tratarlo de mentiroso, pero se me hace imposible que exista en el mundo una botella de tokay superior a ésta, que me ha sido regalada por un noble húngaro que entendía del tema.

-Ese señor húngaro, con su permiso, se vanaglorió en exceso. Y a decir verdad, no fue tampoco tan generoso.

-Tienes razón en lo último, pero...

-Y en lo primero también. ¿Deseáis apostar algo a que dentro de una hora pongo a vuestra disposición una botella de auténtico tokay de la bodega imperial de Viena, infinitamente superior a éste?

-Me parece, amigo, que deliras.

-Nada de eso, caro mío. Dentro de una hora tendremos aquí la botella.

-¡Me temo, Münchhausen, que estás tomándome a broma y eso me desagrada en extremo! Siempre he creído que eras hombre serio, pero me estoy inclinando a pensar lo contrario.

-Pues entonces, señor, aceptad la apuesta y veremos. Si no cumplo con lo dicho, podéis mandar que me corten la cabeza sin contemplaciones.

-Acepto la apuesta. Si a las cuatro en punto no está aquí la botella, tu cabeza rodará por el suelo. Por el contrario, si cumples, te permitiré tomar del Tesoro Imperial cuantas joyas, plata y oro pueda cargar el más fuerte de tus hombres.

Pedí enseres para escribir y dirigí a la Emperatriz María Teresa la siguiente esquela:

"Vuestra Majestad, como heredera universal del Imperio, tiene sin duda la bodega de su excelso padre. Me permito rogarle tenga la bondad de entregar al portador de esta misiva una botella del excelente tokay que en ella se guarda y que tantas veces bebí en compañía de vuestro padre. Os pido encarecidamente que sea del mejor, ya que se halla en juego mi cabeza. Aprovecho la ocasión para asegurar a Vuestra Majestad el profundo respeto que debo a su Ilustre Ser, etcétera."

Como habían pasado ya cinco minutos de las tres, entregué la carta a mi corredor, que se desató las pesas de los pies y rápidamente salió corriendo hacia la capital de Austria.

Mientras tanto, a la espera de la respuesta, el Gran Turco y yo continuamos atacando la botella.

Dieron las tres y cuarto, las tres y media, las cuatro menos cuarto... y no regresaba mi mensajero. Debo confesar que, poco a poco, la inquietud hacía nido en mi pecho. Probablemente a causa de que el Gran Turco, de vez en cuando, clavaba su mirada en el cordón de la campanilla, para llamar al verdugo.

Notando sin duda mi malestar, el Gran Turco me permitió bajar a los jardines a tomar el aire, bajo la custodia de dos hombres.

Eran ya las cuatro menos cinco. Mi angustia no tenía límites. Mandé llamar a mi escucha y a mi tirador.

Mi escucha se echó al suelo y pegó el oído para averiguar si se acercaba o no mi mensajero, y para desazón de mi alma me anunció que se encontraba lejos de allí y durmiendo a pierna suelta. Habiendo oído esto, mi cazador se dirigió a la terraza más alta y poniéndose en puntas de pie para ver mejor exclamó:

-Pues claro que lo veo. Allí está, echado bajo un roble cerca de Belgrado, con la botella a un costado. Le haré algunas cosquillas para que se despierte.

Se echó la escopeta al hombro y soltó una descarga sobre el follaje

del roble, con lo cual cayó sobre el durmiente una lluvia de hojas, ramitas y bellotas. De inmediato se despertó y, temiendo haber dormido demasiado tiempo, continuó su camino con tanta velocidad que llegó a nosotros faltando un minuto para las cuatro, con la botella en la, mano y una carta autografiada de María Teresa.

Abrimos la botella con ansiedad y el Gran Turco probó su contenido.

-Münchhausen -me dijo-, espero que no tomes a mal que conserve esta botella para mí solo.

Dicho esto, guardó la botella en el armario, bajo llave, y llamó a su tesorero.

-Es menester que pague yo mi deuda ahora. Escucha -dijo al tesorero-, dejarás que este señor tome del Tesoro todo lo que pueda cargar uno de sus hombres.

El tesorero se inclinó tanto, en señal de obediencia, que los cuernos de la media luna de su turbante tocaron el suelo.

Podéis imaginaros que no tardé mucho en hacer valer mi derecho. Mandé llamar a mi forzudo, quien rápidamente acudió con su soga, y los dos nos dirigimos al Tesoro Imperial. Debo decir que no quedaba gran cosa cuando me retiré.

Rápidamente fuimos al puerto, y allí fleté el barco más grande que pude encontrar, para poner a buen resguardo mi tesoro. Fue acertado hacer esto, pues lo que había temido sucedió. Al ver el tesorero lo que yo había hecho, corrió a notificar al Sultán de la manera en que había abusado de la libertad que se me otorgó. Para corregir su error y re-cobrar lo perdido, dio órdenes de que la flota de guerra zarpara en mi persecución, a fin de hacerme comprender que no era ésa la forma en que debía interpretarse la apuesta.

Apenas nos habíamos alejado dos millas del puerto cuando vi a la armada turca venírseme encima con todas las velas desplegadas, y debo admitir que de nuevo sentí miedo por mi cabeza. Pero mi fiel soplador se acercó y me dijo:

-No tenga temor alguno, señor. Yo me encargo de este detalle.

Y se fue hacia popa, de modo que una de las ventanas de su nariz apuntaba a nuestras velas y la otra a la armada enemiga. Luego, se puso a soplar con tanta fuerza que los turcos fueron devueltos al puerto, con enormes daños, y nosotros arribamos a Italia en pocas horas.

Pero en fin, os diré que no pude sacar mayor provecho de mi tesoro, ya que muy a pesar de las afirmaciones del bibliotecario Jagemann de Weimar, hay tal nivel de mendicidad en Italia y tal abandono en la Policía, que la mayor parte se me escurrió en limosnas.

Los salteadores de caminos se encargaron del resto en los alrededores de Roma. Los malditos no tuvieron reparo alguno en robarme todo, aun sabiendo que una milésima de lo que me quitaron era suficiente para comprar en Roma la indulgencia plenaria de sus crímenes, los de sus hijos y los de sus nietos.

Pero es precisamente la hora en que acostumbro irme a la cama, señores. De modo que, les deseo buenas noches.

Séptima aventura en el mar. Relatos de un compañero de viaje, en ausencia del Barón

Una vez concluido el relato, el Barón de Münchhausen se retiró, dejando a todos regocijados. Al marcharse, prometió relatar en la próxima oportunidad, las aventuras de su padre, tan extraordinarias como las suyas.

Como todos se habían puesto a comentar las aventuras del Barón, uno de los presentes, que lo había acompañado en su viaje a Turquía, dijo que, a pocas millas de Constantinopla había una enorme pieza de artillería de la cual hacía mención el Barón Tott en sus memorias, poco más o menos con las siguientes palabras:

"Los turcos habían instalado en una ciudadela a orillas del río Simois, no muy lejos de la ciudad, una pieza de artillería. Era un formidable cañón hecho de bronce, cuyas municiones pesaban mil cien libras. Tenía grandes deseos de disparar este cañón -dice el Barón Tott- para poder juzgar por mí mismo sus efectos. Pero todos temblaban ante tal perspectiva, pues se daba por seguro que el temblor destruiría la ciudadela y la ciudad cercana.

Obtuve, no obstante, la autorización necesaria. Trescientas libras de pólvora hicieron falta para cargar el cañón.

Cuando el artillero se disponía a prender fuego a la mecha, la multitud de curiosos que había alrededor se alejó a una prudente distancia. El propio artillero, mientras aguardaba mi orden para disparar, se había puesto blanco como un papel y temblaba de miedo. Me metí en mi refugio y di la señal. De inmediato, se sintió un temblor idéntico al que produce un terremoto. A eso de unas trescientas toesas de su vuelo, se dividió el proyectil en tres fragmentos que volaron por sobre las aguas del estrecho, cubriendo todo de espuma".

Éstas son, si mi memoria no falla, las palabras del Barón Tott referentes al mayor cañón del mundo.

Cuando visité este país, acompañando al Barón de Münchhausen, todo el mundo tenía al Barón Tott como ejemplo de valentía y serenidad, por su hazaña.

Mi señor, que no podía soportar que un francés fuera más que él, se alzó el cañón al hombro y balanceándolo se arrojó al canal con él a cuestas y nadó hasta la orilla opuesta. Tenía la idea de volver el cañón a su sitio, arrojándolo por sobre el canal. Desgraciadamente, en el momento en que lo balanceaba para darle impulso, resbaló el artefacto de su mano, con lo cual fue a parar al fondo del canal, donde aún permanece y sin dudas permanecerá hasta el fin del mundo.

Aunque el Sultán ya había olvidado y perdonado la historia del Barón con el Tesoro, esta nueva aventura no le hizo ninguna gracia.

Más aún, movido por la furia ordenó que se le cortara la cabeza. Por suerte, el Barón gozaba de la gran estima de una de las sultanas, quien nos avisó secretamente. Como no podíamos escapar tan rápidamente, la buena mujer lo mantuvo oculto en sus aposentos, mientras el funcionario encargado de la ejecución lo buscaba con afán, por todas partes.

El Barón no gusta mucho de recordar esta historia, porque no pudo lograr su objetivo con el cañón y además corrió el riesgo de dejar su cabeza, debiendo ser salvado por una mujer. No obstante, como no hace mella alguna a su honor, yo tengo la costumbre de contarla cuando él se retira.

Ahora conocéis a fondo al Barón, y supongo que no abrigaréis duda alguna sobre su veracidad, pero para que no dudéis tampoco de la mía, creo que debo deciros en pocas palabras quién soy yo.

Soy hijo de un hombre de Berna, en Suiza. Mi padre trabajaba allí, como inspector de calles, pasajes, avenidas y puentes; oficio que recibe el nombre de barrendero.

Mi madre, oriunda de las montañas de Saboya, abandonó su hogar muy joven y la fortuna la llevó a Berna. Vagabundeó durante un buen tiempo y, compartiendo con mi padre la misma afición, se encontraron un día en el correccional.

De inmediato se enamoraron y, a la brevedad, contrajeron matrimonio. La dicha no duró demasiado, ya que al poco tiempo mi padre abandonó a mi madre, dejándole la renta de una tienda de ropa usada. La buena señora ingresó entonces en una compañía de títeres hasta que el destino la llevó a Roma, donde se dedicó a vender ostras.

Sin dudas habréis oído hablar del Papa Ganganelli, conocido con el nombre de Clemente XIV, y sabréis de su afición a las ostras. Un jueves, mientras se dirigía a San Pedro para la misa, vio las ostras de mi madre, que eran las mejores y más frescas que se conseguían allí, y no pudo resistir la tentación de detenerse a probarlas. También hizo detenerse a las quinientas personas que lo acompañaban y mandó avisar a quienes lo aguardaban en la iglesia que no podría decir misa aquella mañana. Luego, apeóse el Papa de su montura y entró en la tienda de mi madre, donde acabó con todas las ostras, pero como tenía ella más provisión en el depósito, hizo pasar a todo el séquito, que rápidamente dio cuenta del resto. Estuvieron allí hasta la noche, y antes de salir, el Papa llenó de indulgencias a mi madre por todas sus culpas pasadas, presentes y futuras.

Ahora, señores, espero que no sea necesario explicaros más profundamente mi relación con la historia de las ostras y que hayáis comprendido bien a qué ateneros con respecto a mi nacimiento.

El Barón de Münchhausen prosigue su relato

Cada vez que tenían oportunidad, los amigos del Barón le rogaban que prosiguiera el relato de sus aventuras, pero todos sus pedidos fueron inútiles por un tiempo. El Barón tenía la buena costumbre de hacer todo según su capricho.

Al fin, llegó la ansiada noche en que el Barón lanzó una sonora carcajada, anunciando a sus amistades que la inspiración había vuelto a él. Todos guardaron silencio y prestaron oídos a sus palabras. Irguiéndose en el sillón, el Barón comenzó a hablar:

Durante el último sitio de Gibraltar, me embarqué en la flota mandada por Lord Rodney, con la misión de llevar pertrechos. Aproveché para hacerle una visita al general Elliot, que ganó en esa plaza laureles eternos.

Luego de dedicarnos por unos momentos a las usuales expresiones de amistad, recorrí la fortaleza en su compañía. Llevaba conmigo un espléndido telescopio comprado en Londres.

Con la ayuda de este instrumento, descubrí que el enemigo apuntaba precisamente hacia nuestra posición, una pieza de 36. Se lo comuniqué al general, quien de inmediato comprobó la veracidad de mi observación. Con su autorización, hice traer una pieza de 48 de la batería cercana y la apunté con tal exactitud que no podía albergarse ninguna duda acerca de que diera en el blanco. Debo decir con orgullo que jamás encontré nadie que me supere en asuntos de artillería.

Me puse a observar entonces al enemigo con toda atención, y en el instante en que prendían fuego a la mecha del cañón para dispararlo, ordené hacer lo mismo.

Las dos balas se encontraron en mitad del camino, y se produjo un choque tan violento que la bala enemiga rebotó hacia atrás con tanta fuerza que no sólo decapitó al artillero sino que, siguiendo de largo, arrancó las cabezas de dieciséis soldados que huían hacia África, rompió los palos mayores de tres barcos que se hallaban en el puerto, se adentró doscientas millas en el país de Berbería, derribó el techo de la casa de unos campesinos y le arrancó el último diente a una vieja que dormía en su interior, deteniéndose luego en su buche. Su marido, que regresó poco después, intentó infructuosamente quitarle el proyectil, tras lo cual decidió hundirlo a puñetazos en su estómago, de donde salió siguiendo el curso natural.

Mientras tanto, nuestra bala, no satisfecha con haber devuelto la del oponente, continuó su camino y arrancó de su lugar la pieza enemiga, con tanta fuerza que la lanzó contra el casco de un buque que comenzó a hacer agua y se hundió en muy poco tiempo con mil marineros y otros tantos soldados a bordo.

Sin dudas, fue éste un extraordinario hecho de armas, pero aunque el honor de la idea es mío, no quiero atribuírmelo yo solo. La casualidad tuvo también un papel muy importante. Luego del disparo, pude ver que nuestro cañón había recibido doble carga de pólvora, y esto fue lo que dio tanta fuerza a nuestro proyectil.

El general Elliot, muy satisfecho de mi actuación, quiso darme un nombramiento de oficial que me negué a aceptar, conformándome con

los cumplidos que me dirigió esa misma noche luego de cenar frente a todo su estado mayor.

Siempre he sentido una fuerte simpatía por los ingleses y su bravura, por lo que decidí no retirarme de la fortaleza sin prestarles otro servicio, y tres semanas después vi presentarse la ocasión.

Me disfracé de sacerdote católico y, a eso de la una de la madrugada, dejé la fortaleza y me dirigí a las líneas enemigas. Luego entré en la tienda donde el Conde de Artois había reunido a todos sus oficiales para comunicarles el plan de ataque del día siguiente. Protegido por mi disfraz, nadie pensó siquiera en echarme, y así pude enterarme perfectamente de sus planes. Una vez terminado el consejo, se retiraron todos a dormir, y advertí que también los centinelas se habían entregado al noble acto del descanso.

Sin perder un minuto, me puse a desarmar todas las piezas de artillería, que fui arrojando al mar, a distancia de unas tres millas. Como estaba solo, puedo aseguraros que ése fue el trabajo más extenuante de mi vida, con excepción del que mi buen compañero os ha relatado en mi ausencia.

Una vez terminado esto, reuní todas las cajas y pertrechos en el centro del campo. Temiendo que el ruido al arrastrarlos pudiera despertar a los centinelas, me iba echando encima cada cosa para llevarla hasta el montón. Al terminar de reunir todo, la montaña tenía una altura semejante a la del peñón de Gibraltar.

Tomé luego una bala de 48 y, golpeándola contra los restos de una construcción, obtuve fuego. Prendí una mecha y me alejé. Olvidé decir antes que había colocado, encima de todo, la totalidad de las municiones de guerra. Las llamas alcanzaron rápidamente la cima del montón, entonces, para evitar sospechas, di la alarma yo mismo.

Es fácil imaginar la consternación que se abatió sobre todo el campamento, convencido de que el ejército enemigo había hecho una incursión nocturna y degollado a los centinelas.

M. Drinckwater menciona en sus memorias de este conflicto la considerable pérdida sufrida por el enemigo, a consecuencia de un incendio, pero no le atribuye ninguna causa. Es cierto que tampoco le era posible hacerlo, ya que a nadie le confié mi secreto, ni siquiera a mi amigo, el general Elliot.

El Conde de Artois huyó con todos sus hombres y no descansó hasta llegar a París. El terror del episodio les impidió a todos comer durante tres meses.

Habrían pasado unos dos meses de mi hazaña cuando, mientras nos hallábamos almorzando con el general Elliot, una bomba atravesó el techo y cayó en nuestra estancia. El general hizo lo que cualquier persona haría en ese caso, o sea, salió de la habitación a gran velocidad. Yo levanté la bomba del suelo antes de que explotara y con ella me dirigí rápidamente a la cima del peñón. Desde allí divisé una gran reunión de gente a poca distancia del campo enemigo, pero desde mi posición no podía verse claramente lo que hacían. Recurrí a mi telescopio y descubrí que el enemigo se disponía a ahorcar como espías a dos de los nuestros. La distancia era excesiva como para

lanzar a mano la bomba, pero recordé que en mi bolsillo tenía la honda con que David alcanzó tanta fama en su episodio con el gigante Goliath, y coloqué en ella la bomba. Al caer, estalló matando a todos los presentes, menos a los dos ingleses, quienes por fortuna ya estaban colgando de la horca. Uno de los fragmentos de la bomba dio contra la base del catafalco y lo derribó.

Apenas nuestros compañeros pusieron pie a tierra, intentaron encontrar una explicación a tan curioso hecho, pero al ver a los verdugos y soldados muy ocupados muriendo, se quitaron la soga que les oprimía el cuello y luego de saltar a un bote se dirigieron hacia nuestros barcos de guerra.

Al rato, cuando estaba por contarle al general Elliot la aventura, llegaron ellos. Después de un mutuo y afectuoso intercambio de opiniones y felicitaciones, celebramos entre todos el feliz desenlace.

Seguramente todos deseáis saber cómo es que yo tengo en mi poder un tesoro tan maravilloso como la honda de David. Pues bien, dejaré satisfecha vuestra curiosidad. Yo soy descendiente, como seguramente sabréis, de la mujer de Urías, que como seguramente sabréis también, mantuvo muy estrechas relaciones con el Rey David.

Pasó lo que con frecuencia pasa con el correr del tiempo. Su Majestad dejó enfriar notablemente las relaciones con la Condesa (hubo de recibir ese título tan sólo tres meses después de la muerte de su marido). Un día entablaron una polémica, acerca de una importante cuestión, que consistía en saber en qué parte del mundo había sido construida el arca de Noé y en qué lugar habría ido a parar una vez terminado el diluvio. Mi abuelo tenía la debilidad -tan común entre los grandes- de no tolerar contradicción alguna, y ella tenía el defecto -tan común en las mujeres- de querer tener razón en todo. Sobrevino la separación.

Con frecuencia, había oído hablar a mi abuela acerca de la susodicha honda como el objeto más precioso de la colección, y creyó oportuno llevársela como recuerdo de mi abuelo. Pero antes de que hubiese tenido tiempo de pasar la frontera, se echó en falta la honda y seis hombres de la guardia del Rey fueron enviados en su búsqueda, con la orden de detener a mi abuela.

Al verse perseguida, la Condesa hizo uso de la honda con tan buena mano que derribó a uno de los soldados. Este hecho ocurrió, casualidad o no, en el mismo paraje donde David llevó a cabo su hazaña.

Los otros guardias, viendo morir a su compañero, discutieron el asunto entre ellos y decidieron que lo mejor sería regresar, para informar al Rey de los acontecimientos. Mi abuela, por su parte, creyó conveniente continuar su viaje hacia Egipto, donde contaba con unos cuantos amigos en la corte.

Olvidé deciros que en su huida, mi abuela había llevado a su hijo predilecto. La fertilidad de las tierras de Egipto dio a este hijo gran cantidad de hermanos, de modo que la Condesa hubo de redactar en su testamento, una cláusula especial por la cual le hacía heredero de la honda, y es de él de quien ha llegado a mí en línea directa.

Este antepasado mío, que vivió hará unos doscientos cincuenta años, trabó conocimiento durante un viaje a Inglaterra, con un poeta que era plagiario y cazador furtivo. Hacíase llamar Shakespeare. Este hombre tomó prestada muchas veces la honda a mi padre, y con ella causó tantas bajas en la fauna de las tierras de sir Thomas Lucy que, a poco estuvo de correr la misma suerte que mis amigos de Gibraltar. Descubierto, fue enviado a prisión, y solamente lo liberaron gracias a un pedido especial de mi antepasado.

Mi padre, de quien yo heredé la honda, me contó una vez una historia cuya veracidad no pondrá en duda ninguno de los que conocieron al digno caballero.

"En uno de mis viajes a Inglaterra -me contaba-, me paseaba yo por las playas de Harwich, cuando se arrojó sobre mí un enorme caballo de mar. No tenía para defenderme más que mi honda, con la cual llegué a arrojarle dos piedras, con tan buena puntería que le vacié ambos ojos. Salté entonces encima de él y lo dirigí hacia el mar, porque al perder la vista había perdido también toda su ferocidad y se dejaba conducir como un caballo. Le calcé la honda a modo de bridas y lo lancé al galope. Menos de tres horas tardé en llegar a la otra orilla, recorriendo en tan poco tiempo más de treinta millas.

En Helvoetsluys, vendí el caballo por setecientos ducados, a un hombre que hizo buen dinero exponiendo públicamente al animal".

Pero según contaba mi padre, lo más extraordinario de esta modalidad de viaje fueron los descubrimientos que pudo hacer.

"El animal que montaba -me dijo- no nadaba, sino que corría por el fondo del mar, espantando en su avance a montones de peces muy distintos de los que usualmente vemos. Algunos de ellos tenían la cabeza en mitad del cuerpo y otros en la punta de la cola. Algunos otros estaban formados en círculo y cantaban a coro. Había algunos que construían, con agua, edificios transparentes de increíble belleza, rodeados de enormes columnas. Los aposentos que constituían estos edificios contaban con todas las comodidades que un pez distinguido pudiera desear: algunas de las salas estaban ya preparadas para la conservación de las huevas, y otras, destinadas evidentemente a la educación de los jóvenes.

Entre muchos otros incidentes, pasé en un momento por una cadena montañosa tan alta como los Alpes. Los flancos de roca se hallaban cubiertos de enormes cantidades de árboles a los que se trepaban cangrejos, ostras, caracoles, almejas y toda clase de animales marinos, algunos de ellos tan grandes que, con uno solo, habría alcanzado para llenar un carro. Los ejemplares que recogemos en nuestras costas son insignificantes, comparados con los que habitan las profundidades, pequeños animalejos que las corrientes submarinas arrancan de las ramas, tal como en la tierra, lo hace el viento con la fruta débil de los árboles.

Me encontraba ya a mitad del camino y calculo que a unas quinientas toesas de profundidad. En este punto, comencé a sentir la falta de aire. Pero esto no era lo único desagradable de mi situación. De vez en cuando, nos cruzábamos con enormes peces que, a juzgar

por la abertura de sus bocas, parecían más que dispuestos a tragarnos a mí y a mi cabalgadura al mismo tiempo. Recordemos que mi montura estaba ciega, por lo cual debe agradecerse a mi pericia el haberme salvado de esos ataques. Una vez cerca de las costas de Holanda, con poco más de veinte toesas de agua por sobre mi cabeza, creí ver sobre la arena una figura humana que, a juzgar por su traje, había de ser femenina. Me pareció que aún daba señales de vida, y en efecto, al aproximarme noté que movía una mano. Tomándola de esa mano, llevé conmigo el cuerpo a la orilla.

Aunque en esas épocas estaba menos desarrollado que ahora el arte de resucitar a los muertos, los auxilios del boticario lograron volver a la mujer a la vida. Resultó ser la esposa del capitán de un barco que había salido del puerto hacía muy poco. Parece ser que, en el apresuramiento de la partida, el capitán había embarcado por error a otra mujer en lugar de su esposa. Habiéndose enterado ésta del grave equívoco, se lanzó en persecución de su marido en una lancha, con tan mala suerte que apenas lo hubo alcanzado, cayó al agua, por otro lamentable error del capitán.

Imagino las bendiciones que habrá echado el capitán sobre mí cuando encontró a su mujer viva, al regresar de su viaje. Pero por más que el hombre sienta que le causé daño, mi corazón no sufre remordimiento alguno, ya que obré por pura caridad".

En este punto solía interrumpirse el relato de mi padre, que ha venido a mi mente a causa de la famosa honda de la que os estaba hablando. Por desgracia, mi hazaña con la bomba fue la última de la honda, ya que la mayor parte de ella desapareció junto con el patíbulo y la bomba misma. El trozo que me quedó en la mano se conserva aún hoy en el museo de nuestra familia, junto con varias piezas más de valor incalculable.

Poco tiempo después, abandoné Gibraltar y volví a Inglaterra, donde me aconteció una de las más singulares aventuras de mi vida.

Había ido a Wapping, para supervisar el embarque de unos regalos que enviaba a amigos de Hamburgo. Una vez terminado, regresé con el Tower Warf. Era ya mediodía y la fatiga me vencía. De pronto, se me ocurrió que podría descansar cómodo y a resguardo del Sol, metiéndome en unos de los cañones, y apenas me hube recostado, me dormí profundamente.

Pero resulta que precisamente era ese día el cumpleaños del Rey Jorge III, y a la una en punto todos los barcos debían disparar salvas para saludar al monarca. Los cañones habían sido cargados por la mañana, y como nadie podía sospechar mi presencia en el interior de uno de ellos, me vi lanzado de pronto hacia las casas que se encontraban en la otra orilla, y fui a caer en un corral entre Benmondsey y Deptford. Tuve suerte de caer de cabeza en una parva, donde quedé clavado y dormido, sin duda aturdido por el golpe.

Tres meses más tarde, al parecer, subió el precio del heno de tal manera que el dueño de la parva donde yo había caído consideró conveniente venderla. El ruido de los campesinos que se aprestaban a subir a la parva me despertó, y sorprendido y sin saber dónde me

encontraba, quise huir y fui a caer justamente sobre el dueño del campo.

No sufrí ningún daño en la caída, pero no puede decirse lo mismo del dueño, que quedó desnucado, por el golpe de mi cuerpo. Para tranquilidad de mi conciencia, me enteré luego de que el hombre era un infame usurero que almacenaba sus frutos y granos hasta que el hambre hacía subir los precios, de manera que su muerte fue un justo castigo enviado por el Cielo y un servicio prestado a la comunidad.

Imaginad, empero, el asombro de mis amigos de Londres al verme reaparecer luego de tres meses, después de las infructuosas pesquisas que habían ordenado para encontrarme.

Ahora, caballeros, beberemos un trago y continuaré con el relato de otra de mis aventuras.

Octava aventura en el mar

Es muy probable que hayáis oído hablar del último viaje de exploración que hizo el capitán Philipps, hoy conocido como lord Mulgrave. Yo formé parte de aquel famoso viaje, no en calidad de oficial sino simplemente como amigo y por placer.

Nos encontrábamos ya muy al Norte, cuando a través de mi anteojo divisé un enorme témpano. Flotaba a media milla y tendría cuando menos la altura de nuestro palo mayor. En su cima, pude distinguir a dos osos polares aparentemente trenzados en feroz combate.

Nos acercamos y, valiéndome de uno de los botes, me arrimé hasta el témpano. El camino que debía tomar para llegar a los osos estaba erizado de peligros. Abruptos precipicios se abrían a mis pies, y el hielo era tan resbaladizo como un espejo. La mayor parte de mi tiempo la perdía en caerme y levantarme.

No obstante, pude alcanzar a los osos, y me di cuenta de que no estaban luchando, sino más bien dedicándose a lo que ellos considerarían un inocente juego.

Calculé rápidamente el valor que tendrían las pieles de ambos animales y, sin dudar un segundo, me eché la escopeta al hombro, pero con tan mala suerte que en el movimiento resbalé y caí al suelo, perdiendo el conocimiento.

Imaginaos mi espanto cuando, al recuperar mi conciencia, descubrí que una de las bestias me había acomodado cabeza abajo sobre su lomo y, sujetándome los fundillos con los dientes, me transportaba Dios sabe a dónde. Sin perder la calma, eché mano a mi cuchillo y le cercené tres dedos. Al instante me soltó y se puso a aullar en forma horrible, mas yo aproveché para echarme mi escopeta al hombro y dispararle en plena cara, justo en el momento en que se volvía para atacarme.

La bestia dormía ya para no despertarse nunca, pero el ruido del disparo había llamado la atención de millones de compañeros suyos

que corrieron rápidamente hacia mí. No tenía un segundo que perder: si no tomaba con celeridad una decisión, mi vida estaba perdida. En menos tiempo del que se necesita para desollar una liebre, quité la piel del oso muerto y me envolví en ella, cubriéndome por completo.

Apenas había terminado de hacer esto, cuando todos los osos se reunieron en mi derredor. Mi espanto no conocía límites.

Pero por suerte, mi estratagema dio resultado, y los osos, tras acercarse de a uno para olfatearme, decidieron que formaba parte de su grupo. Debo decir, sin pecar de exagerado, que con un poco más de corpulencia hubiera sido yo un oso perfecto.

Rápidamente entramos en confianza. Yo imitaba a la perfección todos sus gestos y movimientos, aunque me quedaba un poco atrás en los aullidos y gruñidos.

Pero a pesar de mi enorme parecido, yo seguía siendo un hombre, y como tal, comencé a analizar la mejor manera de sacar provecho de mi situación. Había oído decir a un amigo mío -médico militar- que un corte en la espina dorsal causa la muerte al instante, y me pareció interesante comprobarlo en estos feroces animales.

Tomé de nuevo mi cuchillo y con él herí en la nuca al más grande de los osos. Debo aceptar que tal maniobra era harto atrevida, ya que de fallar, mi muerte sería segura e inmediata. Afortunadamente, tenía razón mi amigo, y el oso cayó muerto, como fulminado, a mis pies.

Viendo esto, asumí la decisión de matarlos a todos de la misma manera.

Luego de la matanza, retorné al buque, me hice acompañar de las tres cuartas partes de la tripulación y regresamos para desollar los osos y llevar a bordo sus pieles y sus perniles.

Después, repartí los perniles entre diversos amigos nuestros, y las pieles se las envié a la Emperatriz de Rusia para que con ellas hiciera confeccionar capas para toda su corte. Su Majestad me respondió con una carta en la que me pedía por favor que fuera a compartir con ella su corona, pero no teniendo yo excesiva afición por la monarquía, rehusé amablemente el ofrecimiento.

No se cuál es el efecto que produzco en las damas, mas debo decir que no es ella la primera de la que recibo ofrecimientos similares.

Se dice, a veces, que el capitán Philipps no llegó en su viaje tan lejos como habría podido; por haber sido su compañero, me creo en el deber de destruir tales rumores. Nuestro barco se hallaba en camino de llegar al polo, pero al cargarlo yo con tantos perniles y pieles, hubiera sido una locura intentar seguir.

El capitán -ya que estamos- está celoso de mi gloria y siempre intenta oscurecerla. Muchas veces hemos discutido por esto. Dice, por ejemplo, que no hay mayor mérito en haber engañado a los osos disfrazándose y que él se hubiera lanzado a matarlos sin hacer uso de disfraz alguno. Pero es mejor no seguir hablando de esto.

Novena aventura en el mar

Otro de mis viajes fue de Inglaterra a las Indias Orientales, en compañía del capitán Hamilton. En esa ocasión, llevé conmigo a un perro de caza que valía literalmente lo que pesaba, ya que jamás me había fallado.

Un día en que, según mis cálculos, estaríamos a unas trescientas millas de la costa, mi perro se puso al acecho. Con asombro, observé que permanecía en esta posición por más de una hora. Le comenté al capitán que debíamos estar cerca de tierra, ya que el perro olía la caza. Tanto él como la tripulación rompieron en carcajadas.

Luego de discutir un buen rato el asunto, terminé por decirle al capitán que confiaba más en la nariz de mi perro que en los ojos de sus marineros, y lo desafié a una apuesta. El hombre, que era una excelente persona, se rió de nuevo y le pidió al médico que me tomara el pulso. Así lo hizo y declaró que mi salud era perfecta.

Pusiéronse entonces a deliberar en voz baja, pero aun así llegué a comprender que el capitán se negaba a aceptar mi apuesta, por considerarme loco, mientras que el médico sostenía que no era así, y que si yo confiaba más en mi perro que en los marineros, tenía merecido perder. Por segunda vez, hice la oferta y mi apuesta fue aceptada.

Apenas habíamos formalizado, cuando unos marinos que pescaban a popa, atraparon un enorme pez. Al despedazarlo, encontraron en su vientre doce perdices vivas.

Los pájaros debían de vivir allí hacía largo tiempo, pues habían puesto huevos, y algunos ya estaban a punto de romper. Criamos estos pollos recién nacidos y tuvimos caza durante todo el viaje.

Décima aventura en el mar

Ya os conté una vez acerca del viaje que hice a la luna en busca de mi hacha de plata. Tiempo después, tuve oportunidad de volver allí, pero de manera mucho más agradable y para quedarme por un lapso más largo.

Uno de mis parientes -quien insistía constantemente en que en alguna parte del mundo debía existir un país como el que Gulliver dice haber hallado en el reino de Brobdingnag- había decidido partir en su búsqueda, rogándome que lo acompañara.

Por mi parte, siempre había pensado que las historias de Gulliver no eran más que simples cuentos para niños, y dudaba de la existencia de tal país, pero como este pariente me había nombrado su heredero universal, comprenderéis que debía tener ciertas consideraciones con él.

Llegamos hasta los mares del Sur, sin encontrar nada notable, a no ser unos hombres y mujeres voladores.

Días después, se desató un huracán tan fuerte que arrancó de cuajo nuestro barco y nos elevó unas mil leguas sobre el nivel del mar, manteniéndonos a esa altura durante mucho tiempo. Por fin, un viento favorable hinchó nuestras velas y nos hizo avanzar a gran velocidad.

Hacía ya seis semanas que navegábamos por sobre las nubes, cuando divisamos una tierra redonda y plateada, parecida a una isla. Entramos en un puerto seguro y confortable, saltamos a tierra y descubrimos que el país estaba habitado. A nuestro alrededor se veían ciudades, bosques, lagos, ríos.

En la Luna (porque allí era donde habíamos llegado) habitan unos seres de gran tamaño que montan en enormes buitres de tres cabezas, en lugar de los caballos que usamos nosotros.

Al momento de nuestro arribo, el rey de la Luna estaba en guerra con el Sol y me ofreció un puesto de oficial que yo rehusé amablemente.

Todo allí es enorme. Una mosca, por ejemplo, tiene el mismo tamaño que un carnero de los nuestros. Las armas comunes, allí son enormes rábanos silvestres que utilizan como jabalinas. Cuando los rábanos se han acabado, usan espárragos con el mismo éxito. A guisa de escudos, recurren a grandes hongos.

También pudimos conocer a algunos habitantes de Sirio que habían llegado a la luna, por negocios. Tienen cabeza de perro y los ojos colocados en la punta de la nariz, más bien abajo. Carecen de párpados, pero para dormir se cubren los ojos con la lengua. Su altura promedio es de veinte pies. Los habitantes de la Luna nunca miden menos de treinta y seis.

Llevan el particular nombre que puede traducirse como seres cocineros. Se los llama así porque preparan la comida como nosotros, cocida, pero no pierden demasiado tiempo en ingerirla, pues tienen en el costado del cuerpo una ventanilla por donde introducen los alimentos en el estómago. Comen una sola vez por mes, así que toman tan sólo doce comidas al año.

Los placeres de la carne y el amor son desconocidos, porque hay un solo sexo. Todo nace en árboles que se distinguen según el fruto que producen. Cuando se quiere sacar lo que hay adentro del fruto, se lo arroja en una gran caldera de agua hirviendo; la cáscara se abre, y entonces sale la criatura, que antes de nacer ha recibido ya un destino determinado por la Naturaleza.

De unos frutos salen soldados, de otros, pensadores, y así sucesivamente. La dificultad radica en saber qué es lo que va a salir de cada fruto, aunque durante mi estancia oí decir a un sabio que poseía el secreto, pero nadie hacía caso de él y todos pensaban que estaba loco.

Cuando estas gentes llegan a la ancianidad, no mueren tal como lo hacemos nosotros, sino que se desvanecen en una nube de humo.

Llevan la cabeza bajo el brazo derecho, y cuando se van de viaje o tienen que hacer algo que requiera mucho movimiento, la dejan en casa, ya que pueden pedirle consejo a distancia. De la misma manera,

cuando los nobles desean saber qué es lo que sucede afuera, no se toman la molestia de salir sino que envían su cabeza a la calle. Una vez recogidas las informaciones, regresan al cuerpo al que pertenecen.

Hay en la luna unas uvas cuyas pepitas tienen gran semejanza con nuestro granizo, y estoy convencido de que cuando aquí graniza, en realidad estamos recibiendo una lluvia de pepitas arrancadas allí por alguna tempestad.

Olvidaba uno de los detalles más interesantes. Los habitantes de la Luna usan sus vientres como bolsa de viaje, guardando en ella todo lo que necesitan. Les sobra espacio, ya que no tienen ningún tipo de vísceras. Pueden quitarse y ponerse los ojos, viendo igual de bien en ambos casos. Si llegaran a perder uno en un accidente o por descuido, pueden comprar uno nuevo o incluso alquilarlo.

Sin duda, señores, todo esto parecerá bastante extraño, pero ruego a aquellos que duden de mí, darse una vuelta por la Luna, y así os convenceréis.

Viaje subterráneo y otras aventuras

A juzgar por vuestras miradas anhelantes, parece más probable que yo me canse de relatar mis aventuras que vosotros de escucharlas. Escuchad, por lo tanto, una historia más sorprendente que la anterior, pero igualmente verdadera.

Tras leer las crónicas del viaje de Brydone a Sicilia, me entraron fuertes deseos de conocer el Etna. No me sucedió nada notable por el camino.

Una mañana, muy temprano, me dirigí hacia el volcán con la firme decisión de llegar a su cima, aun cuando dejara la vida en el empeño. Luego de tres horas de dura escalada, la alcancé. Hacía tres semanas que se escuchaba desde el interior del volcán un rumor incesante.

Di tres vueltas al cráter -del cual podréis haceros una idea, imaginando un enorme embudo- y, tras comprobar que no podría verlo mejor por más vueltas que diera, decidí lanzarme a su interior. Apenas había saltado, cuando me envolvió una nube de vapor ardiente. Los carbones encendidos volaban a mi alrededor, llenándome el cuerpo de quemaduras.

Pero por más rápido que los carbones subieran, yo bajaba más velozmente, por la ley de gravedad, y a los pocos minutos toqué fondo.

Lo primero que llegó a mí fue un sordo ruido, un sinfín de insultos, gritos y aullidos. Abrí los ojos y vi al mismísimo Vulcano rodeado de sus servidores. Estas simpáticas gentes, que yo creía meros personajes de fábula, discutían hacia tres semanas ya, por cierto artículo de un reglamento, y su discusión constituía la causa de los rumores que desde afuera se percibían. Mi súbita aparición devolvió la calma a los contendientes.

Vulcano, a pesar de su cojera, corrió a un botiquín del cual trajo

cremas y vendas que me aplicó con su propia mano, y a los pocos minutos mis quemaduras y heridas estaban curadas. Me dio luego de comer y beber manjares y licores reservados usualmente a los dioses, y cuando me hube recuperado me presentó a Venus, su esposa.

El lujo de la habitación que se me proporcionó, el encanto que emanaba de su persona y la ternura de su corazón están más allá de cualquier expresión.

Más tarde, el mismísimo Vulcano se encargó de hacerme un detallado relato sobre el Etna. Me dijo que la montaña no era más que un montón de cenizas salidas de la fragua, y que a menudo se veía obligado a castigar a sus operarios, arrojándoles, en su furia, carbones encendidos que ellos a su vez, para defenderse, lanzaban hacia fuera.

"Nuestras discusiones -dijo- suelen durar varios meses, y lo que allí afuera llaman erupciones son, en realidad, consecuencia de esto. El Vesubio es también otra fragua, a la cual se puede llegar desde el Etna, atravesando una galería subterránea".

Pero más aún que el trato con Vulcano me complacía el trato con Venus, y es probable que jamás hubiera yo abandonado aquel paraíso subterráneo, de no ser porque algunas malas lenguas inquietaron a Vulcano, encendiendo en él la llama de los celos. Un día, sin previo aviso, me tomó del cuello y, suspendiéndome sobre un pozo gigante, me devolvió entre maldiciones a la superficie.

Comencé a caer cada vez con más velocidad, hasta que el miedo sumado a la aceleración me hizo perder el conocimiento. Pronto habría de recuperarme, cuando sentí que me zambullía en una anchísima superficie de agua iluminada por los rayos del Sol.

Miré en todas direcciones, sin poder distinguir más que agua y agua. La temperatura era, sin dudas, muy diferente de la que me había acostumbrado a soportar en los dominios de Vulcano.

Al fin logré descubrir relativamente cerca lo que parecía ser una enorme roca, pero al acercarme comprendí que se trataba en realidad de un témpano flotando a la deriva. Luego de dar un par de vueltas a su alrededor, hallé un punto por donde podía treparme y así llegar hasta su cúspide, desde la cual advertí, con gran consternación, que no había a la vista el menor vestigio de tierra.

Pero al caer la tarde, divisé con gran alegría un navío que se acercaba hacia mí. Cuando estuvo al alcance de mi voz, grité con toda la fuerza de mis pulmones y, para gran asombro mío, me respondieron en holandés. Me arrojé entonces al mar y nadé hasta la nave.

Una vez a bordo, pregunté dónde nos encontrábamos y me respondieron que en el mar del Sur. Entonces, todo se aclaró en mi mente. Era obvio que había atravesado el globo a través de un túnel, cayendo desde el Etna al mar del Sur, lo cual sin duda es mucho más directo que dar la vuelta al mundo. Nadie realizó este viaje antes de mí, y si alguna vez lo reitero, prometo hacer observaciones más interesantes.

Pedí algo de comer y me acosté, pues estaba rendido. Al día

siguiente, relaté mi aventura a los oficiales, tal como acabo de narrarla a vosotros, pero muchos de ellos, sobre todo el capitán, pusieron en duda su veracidad. Sin embargo, puesto que ellos me habían dado hospitalidad en su nave y les debía la vida, soporté la humillación sin decir palabra.

Avanzábamos por la misma ruta que había seguido el capitán Cook, y a la mañana siguiente arribamos a Botany Bay, donde el gobierno inglés envía sus criminales en castigo, aunque más bien debería enviar a sus gentes honradas, para recompensarlas, tan hermoso es ese país. Estuvimos allí tan sólo tres días. El cuarto, cuando ya habíamos salido de puerto, se desató una tormenta tan brutal que desgarró nuestras velas y destrozó nuestros palos. Uno de los palos, para empeorarlo todo, cayó sobre la campana de vidrio que cubría nuestra brújula y la hizo añicos. Cualquiera que haya viajado por mar conoce la importancia de este instrumento y sabe que sin él es imposible navegar.

Finalmente, la tormenta cesó y fue reemplazada por un viento suave y constante. Hacía ya tres meses que navegábamos, y notamos de pronto un gran cambio a nuestro alrededor. A nuestras narices llegaban los más delicados y exquisitos aromas. El agua ya no era verde sino blanca.

Poco después avistamos tierra y no muy lejos, un puerto. Al entrar en él, lo encontramos amplio y profundo. Descubrimos que en vez de agua, estábamos flotando en leche de la más absoluta pureza. Al saltar a tierra, advertimos que el continente estaba hecho de queso.

No nos hubiéramos dado cuenta de esto, a no ser porque en la tripulación había un hombre que sentía tal repugnancia por el queso que, al poner los pies en tierra, cayó desmayado. Al volver en sí, nos rogó que lo sacáramos del queso que se extendía bajo nosotros. Entonces, inspeccionamos el terreno y descubrimos el singular hecho.

Había allí gran cantidad de viñas, cargadas todas de enormes racimos que, al ser pisados, también producían leche.

Los naturales de la isla eran esbeltos y de buen aspecto. Muchos medían casi tres metros de altura y tenían tres piernas, pero un solo brazo. Los adultos desarrollaban en la frente un cuerno del cual se servían con gran destreza.

También tienen la particularidad de caminar sobre los líquidos, sin que para esto les haga falta gran cantidad de fe, como sucede entre nosotros, los humanos. Es realmente digno de verse cómo andan de aquí para allá sobre la leche, sin hundirse.

Allí se cultiva una variedad muy particular del trigo, que produce panes ya cocidos, de manera tal que no hay que hacer nada, sino sacarlos de la planta y comerlos.

En nuestra exploración, hallamos en la isla de queso, siete ríos de leche y dos-de vino. Tardamos dieciséis días en llegar hasta la orilla opuesta, donde las costas están formadas de queso azul, con la diferencia de que en vez de gusanos, allí crecen hermosos árboles frutales: cerezos, damascos, duraznos y otras variedades desconocidas para nosotros. Estos árboles, que son enormes, albergan en sus

ramas grandes cantidades de pájaros. Uno de los nidos que descubrimos, perteneciente a una pareja de alciones, tenía cinco veces el tamaño de la cúpula de San Pablo en Londres. En su interior, hallamos quinientos huevos. No pudimos llegar a ver los pichones, pero en cambio los oímos trinar. Cuando, después de considerables esfuerzos, logramos romper uno de estos huevos, vimos salir un pájaro pelado, del tamaño de veinte de nuestros buitres. Pero apenas habíamos hecho nuestro daño cuando el padre, visiblemente molesto, se arrojó sobre nosotros y, atrapando al capitán, lo remontó a más de una legua y después de sacudirlo un buen rato lo dejó caer al mar. Afortunadamente, nadie nada tan bien como los holandeses, de modo que muy pronto el capitán estuvo con nosotros y pudimos continuar nuestro viaje.

No seguimos el mismo camino al regresar, de manera que tuvimos oportunidad de hacer nuevos descubrimientos. Cazamos muchos animales, entre los cuales cabe destacar dos búfalos bastante extraños, ya que tenían un solo cuerno que les nacía entre los dos ojos. Lamentamos luego el haberlo matado, pues nos enteramos de que los nativos los domestican y utilizan como nosotros utilizamos al caballo para carga o arrastre.

Dos días antes de llegar de nuevo a donde habíamos dejado anclado nuestro buque, encontramos a tres individuos colgados de las piernas en unos árboles. Al preguntar qué crimen habían cometido para ser castigados así, se me respondió que habían viajado y que a su regreso habían referido un sinnúmero de mentiras. Me pareció muy justo el castigo, porque considero que el primer deber de un viajero es no faltar jamás a la verdad.

Finalmente, levamos anclas y abandonamos ese extraño lugar. A nuestro paso, todos los árboles de la costa se inclinaron dos veces para saludarnos.

Luego de tres días de navegar sin rumbo, porque aún no teníamos brújula, entramos en un mar que parecía totalmente negro. Al probar lo que pensábamos sería agua sucia, descubrimos con asombro que se trataba de vino de la mejor calidad. Sería imposible describir los esfuerzos que tuvimos que hacer para evitar que la tripulación se embriagara. Sin embargo, no duró mucho nuestra euforia, ya que pronto nos vimos rodeados de enormes cetáceos. Uno de ellos tenía tal longitud que ni siquiera con mi anteojo podía llegar a divisar la punta de su cola. Por desgracia, no vimos al monstruo hasta que estuvo ya demasiado cerca de nosotros, y de un solo bocado se tragó nuestro buque.

Luego de haber pasado un tiempo en su boca, se abrió de nuevo ésta para dejar entrar una enorme masa de agua que nos arrastró hasta el estómago del animal, donde nos quedamos tan quietos como si hubiéramos echado anclas. El aire, debo decirlo, era bastante cálido y húmedo. En la enorme bóveda nos encontramos con gran cantidad de buques que habían corrido la misma suerte que nosotros, vacíos unos, cargados otros.

Nos vimos obligados a vivir a la luz de las antorchas. Dos veces al

día, estábamos a flote y otras dos, el agua descendía y quedábamos en seco.

Al segundo día de nuestro cautiverio, salí con el capitán y algunos oficiales a hacer un reconocimiento del terreno durante la bajamar. Fuimos provistos de antorchas, y encontramos a unos diez mil hombres de todas las nacionalidades, que se encontraban en nuestra misma situación. Algunos habían pasado ya varios años encerrados y se había formado un consejo, a fin de analizar la manera de obtener nuestra libertad. Pero justo en el momento en que nuestro presidente se disponía a dar inicio a la sesión, al maldito monstruo se le antojó abrir de nuevo la bocota y tuvimos que correr a todo lo que daban nuestras piernas para ponernos a salvo en las naves.

Una vez que estuvimos en seco, de nuevo nos reunimos, y se me ofreció la presidencia, que acepté gustoso. Propuse unir los dos palos más altos que se pudieran encontrar y utilizarlos para trabar la boca del monstruo en cuanto éste la abriera. Mi idea fue aplaudida y aceptada por unanimidad. Los cien hombres más fuertes pusieron manos a la obra y rápidamente estuvo listo el ingenioso aparejo.

Pronto se presentó una ocasión favorable. El monstruo bostezó y nosotros empinamos los palos de inmediato, de manera tal que cuando quiso cerrar sus fauces, no pudo hacerlo. Cuando nos hallamos de nuevo a flote, salimos todos en masa, del estómago del animal.

Éramos una flota de treinta y cinco navíos, y para preservar a los demás navegantes del peligro que aquel monstruo presentaba, dejamos los palos atravesados en su lugar.

Nuestro primer deseo, por supuesto, fue saber en qué parte del globo nos hallábamos. Averiguamos finalmente que estábamos en medio del Mar Caspio. Este hecho nos asombró bastante, porque es sabido que dicho mar está rodeado de tierra y no se comunica con ningún otro mar ni océano. Finalmente, uno de los habitantes de la isla de queso, que había venido con nosotros, sugirió que quizás el monstruo había llegado a este mar por una vía subterránea, explicación que encontramos harto razonable.

La cuestión era que allí estábamos, y bien felices de volver a ver la luz del Sol. Pusimos proa a tierra y buscamos un buen lugar para el desembarco.

Cuando lo encontramos, el primero en saltar a tierra fui yo, pero apenas lo había hecho cuando se lanzó sobre mí un enorme oso. Confiado como soy, pensé que vendría a darme la bienvenida y le tomé las manos con tan vehemente amabilidad que se puso a aullar desesperado. Pero yo, lejos de tenerle compasión, lo mantuve así hasta que murió de hambre. Luego de esta hazaña, los osos me respetaron tanto que nunca más se atrevió uno de ellos a ponerme la zarpa encima.

Desde allí emprendí viaje a San Petersburgo, donde un viejo y buen amigo me hizo un regalo inapreciable: un perro de caza, descendiente de la perra que parió persiguiendo a la liebre. Por desgracia, un cazador poco avezado mató a este perro, al tirarle a una bandada de

perdice, la piel del animal me sirvió para hacerme un morral que, cuando lo llevo de caza, me conduce infaliblemente hacia donde está la pieza. Si me hallo a distancia de tiro, salta uno de sus cierres hacia la presa, y nunca yerro el disparo. Como veis, me quedan aún tres cierres, pero cuando llegue la temporada de caza haré que le pongan algunos más.

Por hoy, me tomaré la libertad de dar por terminado mi relato. Os deseo a todos, muy buenas noches.

FIN